Año V—Epoca II | La Plata, 1ª quincena de Julio de 1923 | Núm. 100

# IDEAS

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

## La cumbre

Desde niño, Claudio había contemplado con inefable cariño la enorme, abrupta montaña que sobre su aldea se elevaba hacia el cielo, como desafiándolo con su impávida majestad; y siempre había anhelado trepar hasta la cima que sólo alcanzaban las águilas...

———

Un día—ya hombre—armado con toda su resolución, se decidió a llevar a cabo su empresa, y con el espíritu lleno de esperanzas, emprendió la marcha ascendente, ora arrastrándose a ras del abismo que abría sus vertiginosas fauces, como para tragarlo; ora magullándose el cuerpo contra los agudos picos de las laderas, que no ofrecían más que unos escuetos y peligrosos senderos.

Así llegó a la mitad del camino, maltrecho y fatigado, y viendo que aún le faltaba mucho para recorrer, bajo el imperio del dolor y de la fatiga, se dijo:

—¿A qué he venido hasta aquí? Para cansarme y destrozarme de este modo, más valía haber permanecido allá abajo, desde donde veía la cumbre tan hermosa, como si fuera una gloria.

Y volvió a descender lentamente, perdiendo, para siempre, todo anhelo de alcanzar la cumbre a donde sólo llegaban las águilas...

———

¡Cuántas veces abandonamos el ideal porque a la mitad de la jornada vemos que, para alcanzarlo, es necesario luchar titánicamente contra el dolor y la adversidad, o tener alas que nos remonten por encima de todos los peligros!...

E. C. Arias.

## UNOS Y OTROS

No confundimos jamás a los anarquistas con los tartufos que se dicen «anarquistas». Si lo mejor es enseñar con el ejemplo, lógico es que los hechos,—buenos o malos,—acrediten al individuo de tal o cual, imprimiéndole una virtualidad típica en su recta manera de conducirse para con sus semejantes, distinguiéndole de la gran mayoría que pululan en el montón humano, ya anónimos, ya «famosos».

Muchos son los hipócritas que se apuntan ésto y lo otro, sin más objeto que el de explotar la buena fe de los cándidos que les creen y se les entregan de lleno, para luego salir desencantados y víctimas de las dobleces de los tartufos. Poco o nada psicólogos, los cándidos, nunca se desengañan de la farsa de aquellos, sin antes haber palpado uno o varios hechos materiales.

Hábiles simuladores, los tartufos, se introducen en todas partes y se afilian a cualquier bando a fin de «sacar partido» para sus ambiciones personales, siempre en actividad constante. Cuando se les tira de la manta y se les deja al descubierto, acusados por sus propios hechos, comienzan a hacerse la apología de «si mismo», tan falsa, tan inverosímil, tan absurda, como todos sus procederes, en cuyos, se muestran siempre «víctimas inocentes» de la *maldad* de los infelices que ellos arruinaron con sus fauces y con sus garras.

Así, cuando son descubiertos por los ateos, van a pedirles razones a los deístas para *justificar* su *inocencia* ante los que les creen, y cuando lo son por los revolucionarios, acuden por razones a los reaccionarios, siempre para *justificarse* y aparecer ante los incautos como sacrificados por la causa que explotaron y envilecieron para satisfacer sus particulares ambiciones, porque para ellos, que tienen atrofiado el sentido de la dignidad personal, la cuestión ideológica no va más allá de sus conveniencias.

Nadie mejor que ellos sabe sacrificar el bien colectivo al mal inveterado de sus repugnantes individualidades. Son el resumen del ambiente vicioso y malsano que respiran hasta la embriaguez, donde se revuelcan gozosos, como los cerdos en el odo. Y así, enfangados hasta los ojos del espíritu, se complacen en ir por el mundo ensuciando todas las cosas que rozan fatalmente: flor o fruto.

Los que combaten la autoridad en los otros y la desean para sí, son tartufos; los que execran la explotación, de palabra, y la ejercen en los hechos, son tartufos; los que inducen a los demás a hacer cosas que ellos no hacen, son tartufos; los que censuran en otros, defectos y prejuicios suyos, son tartufos; los que combaten la dictadura gubernamental pero la practican desde las redacciones de los diarios y periódicos que dicen orientar a los pueblos, son tartufos; y, en fin, son tartufos todos aquellos que viven en contradicción contínua, viva y activa, llámense como se llamen, negros o blancos, rojos o amarillos.

Y, sabido es, esa modalidad psicológica, característica de los tartufos, que son lo que la actual sociedad burguesa quiere que sean, los separa y los aleja fatalmente de los indomados e indomables anarquistas,—espíritus fuertes, todo desinterés, abnegación, amor y sacrificio, investigación y crítica, y rebelión y luz.

Hay que saber esto para mirar con bastante asco a los tartufos.

Pedro Dario Fusco.

NUESTRO EDITORIAL

## Otra vez como ayer...

De muy clásico estilo son los saludos cuando a la «arena del periodismo» se baja. Y así como los saludos, son las promesas: deslumbre de grandes cosas arrojadas a montones como chispas de artificio para encanto del lector.

Pero nosotros, muy mal educados que éramos cuando empezamos a andar y además, tan impolíticos que ni preguntar *¿se puede?* se nos ocurrió decir, prescindimos del saludo, del programa, hasta del lema, y campechanos y orondos, con el «funyi» hasta el cogote y las dos manos dispuestas, nos colamos a la arena, gritando rientes y recios: «¡aquí estamos, caballeros!» ¡Y estábamos arremangados!

¿Recuerdan? Fué esto en aquél primer número que lanzamos a la calle hace casi un lustro ya.

¿Y cómo no ser así y cómo no presentarse empuado como un erizo, si hartos de observar estábamos que en la desdichada arena sólo había mercaderes o aspirantes a mercar?

¡Oh! que si tal cosa no fuera, cuánta mayor altura de miras habría en el pueblo; cuántas menos mentiras se escribirían; cuántos más entusiasmos reventarían en las columnas de toda publicación, y cuántos, pero cuán muchos periodistas del más variado matiz, hubieran dejado ya de juntar puchos en antesalas de los ministerios o de ser los paniaguados de cualquier fresco vulgar.

Pero tal cosa era así. Y nosotros, que nunca, jamás soñamos en usufructuar una obra fundada para el combate; que no pensábamos digno de ningún hombre de acción hacer «l' América» por ese medio, empezamos a meterle duro y parejo, de punta y hacha, de revés y lomo, sin perdonarles ni medio a los descreídos de todos los amores, a los fariseos de todos los ideales y a los perros de todos los ensueños y todas las esperanzas.

Empero, nadie se crea que ignorábamos la conseja: Si quieres hacerte rico, no un almacén, no una casa de empeños o tolerancia establece; funda, eso sí, una empresa periodística y dále a la adulación con bombos y con platillos.

Lo dicho: conocíamos la conseja; mas al tenor afirmamos: no tan envilecidos somos que nos hayamos tornado escurridizos, viscosos y negativos; ni tan hábiles, tampoco, o cínicamente hipócritas como para con un ojo llorar a lágrima viva y con el otro reir.

No,—nos dijimos entonces—si el amor ha de imponerse algún día, será porque amor vivamos, porque nuestra misma obra sea un reflejo de amor. Si la justicia ha de ser, será también, si es preciso hasta contra de nosotros mismos que tanto la propiciamos.

Y así, llenos de juventud, desbordantes de entusiasmo, plenos de generosidad, así nos miró la tierra llegar sanos y sonrientes como un pimpollo de rosa bajo un ósculo de sol. Y si no en ella, en la tierra—campo abierto a todas las rozagancias de las almas combativas—pudimos nutrirnos siempre de ensoñación y de luz, no por eso fuénos completamente vedado un astro de idealidad: norte, estrella de la vida, de los que tanto se aprecian, que antes que vivir vendidos prefieren caer con honor.

Lejos, pues, de nosotros, los que se economizan para una obra de voluntad y energía, y que van, inconcientes y nerviosos, a gastar sus miserias en una orgía.

Lejos de nosotros los sin esperanzas. Lejos los incapaces de pararse sobre sus propias derrotas como sobre sus propios pensamientos.

Lejos los pijoteros del bien, estranguladores de la verdad, arrivistas de los ideales, medrosos de la justicia, detentadores y usufructuarios de cualquier poder que sea, de dios, del pueblo, del gremio, de la colectividad o de la agrupación.

Y lejos, en fin, todos aquellos que en el mísero «rincón del establo de la prosa» cotidiana, sueñan tan solo con rampar las alas a cuanto vuela o ponerle obstáculos a cuanto asciende, mientras rumian con estupidez vacuna las estériles razones conque han de justificar toda pétrea actitud.

Y lejos fueron quedando, desplazados de nuestro camino a medida que ascendíamos.

***

Hemos cumbreado ya. Hemos llegado a una punta y hay otras puntas aun que están gritando: *subid*.

Es sobre las cumbres que llueve el cielo su paz; y es de las cumbres que llueven piedras a veces.

Nos podrán abrir un túnel, ya lo sabemos desde hace la mar de tiempos, pero ¿quién sería capaz de taponarnos el cráter?

Y diz que hierven muchos entusiasmos y fermentan muchos fuegos de ira y de amor, en los senos de la montaña.

Digamos, pues, como otrora al comenzar el camino: «¡estamos arremangados!» Y desplegando a los aires nuestro centenar de hojas, como cien trapos sonoros, como cien gritos de triunfo, como cien horas de amor, repechemos la subida hacia otra cumbre, a otra cresta, con la misma entereza, el mismo afán, la misma fe y el mismo corazón.

## Contraste

El hombre que en su labor cotidiana o en sus eternos días de «ociosidad» no ha hecho un paréntesis para observar, pensar y razonar sobre lo que ve y oye, no hace más que vegetar, pues solamente vive el que piensa y, en esto estamos de acuerdo con aquél que dijo: «Yo pienso, luego, existo».

Y he aquí que constantemente nos vemos, nos rozamos al pasar, con hombres gruesos, de cimbreante abdomen, elegantemente vestidos, etc. con otros delgados, macilentos, con un vientre en contínua lucha con los riñones, como queriéndolos desalojar, y con ropas que ni sirven para abrigo ni para vedar a las miradas esas carnes fláccidas ni las formas del armazón esquelético.

Parece ser, que la historia se repite, y, si hubo un faraón que soñó con siete vacas gordas y sietes flacas, (abundancia y miseria), no deja de ser cierto que la humanidad atravesó y atraviesa hoy, una parte en la abundancia y otra en la carestía. Pero esto no es más que un complemento. El exceso de unos está en detrimento de los otros. Por otra parte, esta diferencia no tiene razón de ser, de existir, y sin embargo es real, es palpable, existe.

Mientras unos gozan de las delicias de la vida en todas sus manifestaciones, otros sobrellevan sus penurias y amasan con su dolor toda la miseria humana.

Vedlos en las fiestas, en los teatros, en las recepciones, y daos vuelta y veréis a hombres encorvados sobre sus palas y picos, dejando expedito el camino por donde pasearán aquellos sus miserias morales y sus abombados vientres. Vedlos en hoteles y confiterías; daos vuelta y veréis sobre montones de escombros a hombres comiendo un poco de pan y cebolla revueltos con tierra. Ved a esos saineteros que, gozando de una libertad que les confiere el poder, hacen y deshacen a su capricho, porque las leyes no los alcanzan; daos vuelta y veréis a hombres llevados violentamente por el «delito» de haber «robado» un pan para acallar las que-

### Agrupación «Ideas»

Balance de la velada realizada el 26 de Mayo de 1923, a beneficio del periódico «Ideas».

**Entradas.**—Doscientas cinco entradas generales a 0.70 cada una $ 143.50. Mil números de rifa 0.10 cada uno $ 100.00. Total $ 243.50.

**Salidas.**—Alquiler del salón 45.00. Utilería 7.00. Permiso municipal 3.50. Artista 15.00. Peluquería 5.00. Imprenta 31.50. Total $ 107.00.

**Beneficio.**—$ 136.50.

Risto Stoianovich.
Administrador

jas del hambre y luego encerrados en una asquerosa celda por una simple firma de un juez.

¡Ved a los falsarios jesuitas, a los eternos obscurantistas, predicar libremente sus estupideces que matan todo espíritu de investigación con su decantada fe! ¡Daos vuelta y veréis las persecuciones y vejaciones que sufren los que, altivos, enhiestos, pregonan la justicia, el bien y el amor, a los que predican la verdad impulsándonos paso a paso, momento por momento, hacia una sociedad igualitaria, a los que cansados de tantas injusticias prefieren la muerte a seguir viviendo esta vida de malditos, a los que regando con sus sangres y dejando colgajos de sus carnes, carnes fecundas en dolores, van marcando sus rastros en el sendero que nos guia hacia la sociedad futura!

Y si está evidente el choque entre la justicia y nuestra vida social presente, rompamos el engranaje que nos tiraniza el pensamiento y la acción y veremos florecer en medio de tanto lodo, de tanta inmundicia, la flor más preciada, hermosa y fragante que ha costado a la humanidad tanta sangre, tantos dolores: ¡la libertad! Por ella se han dado muchas vidas; muchas por ella agonizan y son muchos los que por ella morirán; pero la humanidad en su paso por la vida, la busca, la ansia y se dirige a ella con inqueblantable decisión. Y ahora, fuertes en la lucha, apuremos el paso y tratemos de llegar a la cumbre desde donde podremos contemplar la hermosura, la inmensidad sublime de la fraternidad humana en brazos de nuestra madre Anarquía.

SANTIAGO OPIZZO.

Rosario, 30 Mayo 1923.

# POEMAS

Ven mujer, tu eres el templo del amor, abierto a todas las alegrías de la vida. En tus naves se juntaron todos los peregrinos del ensueño para brindarte sus oblaciones.

Los locos, los visionarios y todos los que llevan palpitando en el fondo del cráneo la radiante estrella de la genialidad, se acercaron a tu ara para beber el vino sacro en la sonora copa de la libertad.

¡Canta, mujer! Tu eres el gran crisol donde se plasmará el alma de las futuras generaciones. En ti habla el universo, palpita el alma de las cosas, porque eres algo así como una síntesis de la vida.

———

Ríe, pequeñín, ríe.

Tu eres el faro del porvenir; alma abierta a toda sensación de amor y de ternura; jardín de beso, de perfume, de canción, donde van las mariposas del ensueño a libar el suave y fragante néctar de la espiritualidad.

Ríe, y que tu risa pueble como una catarata de armonizadas notas, todos los antros del mundo... Embellezca la vida; sublimice la vida; dignifique la vida.

Encuentre el artista en ti, motivo de grandes sensaciones; encuentre el poeta en ti, motivo de grandes bellezas.

Ríe, pequeñín, ríe.

Tu eres el faro del porvenir en perenne eclosión de luz; alma y acción; beso y canción tremolando como un símbolo de amor sobre el mundo.

———

Deja, hermanita, las alhajas y las refulgentes perlas en el fondo de su joyero...

Ven a mi jardín, hay aves, canciones y flores. Las fuentes te regalarán sus linfas cristalinas y puras. Y el sol te bendecirá con sus lamparazos de luz. Mil pétalos se abrirán a tu paso exhalando sus aromáticos suspiros; y serás digna del amor.

Deja las alhajas y las refulgentes perlas; por ellas millones de niños ambulan por las ciudades y los campos, descalzos, hambrientos y rotos. Millones de mujeres jóvenes y bellas, prostituyen sus almas y sus cuerpos, y son desperdicios sangrientos, guiñapos deleznables de la charca. Millones de hombres jóvenes y fuertes sucumben en las minas y en los mares.

Ven hermanita a mi jardín... Dignifícate; hazte digna de la vida.

Cada perla que tu acaricias ávidamente, es una gota de sangre, una lágrima dolorosa, un sarcástico símbolo de la muerte.

ALFREDO FRID HERRERA.

---

Dicen los ignorantes que siempre habrá ricos y pobres. Es lo mismo que decir que siempre habrá sarna y limpieza. Habrá sarna mientras los limpios no la destruyan.

DE «NUEVA LUZ».

# Un recuerdo de Eliseo Reclus

...Recuerdo una cálida tarde de agosto. La atmósfera pesada y sofocante hacía sentir su peso sobre el lago inmóvil y centellante, como sobre una placa inmensa de pulido acero; cargaba sobre las viñas cansadas de la colina, envolviendo también la penumbra del vasto gabinete de trabajo, donde, uno en frente a otro, trabajábamos en algunos datos estadísticos relativos a la República de Guatemala.

Como cada día, por otra parte, me había reprochado esa tarde el haberme puesto a trabajar: «Necesitas aire, luz, sol, mucho sol, mucho movimiento, me decía; y el aire encerrado en este cuarto no te sienta bien; vete a Charens; seguirás mañana temprano; tu trabajo de esta mañana me es suficiente».

Pero esto no me incomodaba, a pesar de que era cierto que llegaba de hacer mi recorrida por las más sombrías cárceles de Francia y no necesitaba sino aprovechar de la cura por el aire y el sol; pero ¿qué hubiera hecho yo por Charens, ocioso durante ocho o nueve horas, y cómo hubiera yo podido huir y no beneficiar de esos cuartos de hora de reposo en lo de Eliseo, dejando la pluma, escudriñando en el tesoro de sus recuerdos o bien resolviendo alguna duda que hicieran más firmes aun mis íntimas aspiraciones de revuelta?

Quedaba, pues, a su lado trabajando y leyendo, interrumpiendo a veces de improviso su fiebre de trabajo por alguna cuestión quemante, y bajo la caricia de sus palabras simples y buenas, bebía a pequeños sorbos la felicidad y la alegría. ¿Por qué partir entonces? Pero ese día el ama de llaves, rompiendo uno de esos descansos deliciosos, entregó a Eliseo dos cartas: una era de Floquet, presidente de la cámara de diputados, otra de Freycinet que era entonces, si la memoria no me es infiel, ministro de la guerra. Esos personajes pedían respetuosamente permiso para presentar sus homenajes al ilustre geógrafo Eliseo Reclus.

«Responded que Reclus no puede recibir», dijo firmemente a la camarera; y a mí que me había puesto en pie para irme: «quédate, me dijo: No recibiré a esa crápula».

Pareció por un momento desear darme la razón íntima de su áspero rechazo, dando libre curso a la amargura que le causaba la vista de estos dos hombres vueltos ilustres, al hacer memoria de las villanías e intrigas que de ellos recordaba.

Un ligero rubor coloreó sus mejillas, dirigió su vista a las glicinas que colgaban hacia el espejo ardiente del lago y después, alzando su frente sobre las hojas blancas, murmuró casi imperceptiblemente: «vale más trabajar». Pero no debía trabajar ese día. El silencio se había apenas restablecido, cuando Teresa, el ama de llaves, entrando en el escritorio me dijo al oído que alguien me esperaba afuera. Me levanté despacio y, felizmente, encontré en el vestíbulo a Augusto, un excelente camarada con quien había yo partido el negro pan de la República, en Mazas, Chaumont, y Lyon.

Repatriado a la fuerza en Italia, había vuelto a salir de Milán *pedibus calcanticus,* y a pie, regresaba a París. Era todavía un adolescente, casi un niño, pero lleno de ardor e inteligencia; los años, las luchas, los sufrimientos, no habían, felizmente, quitado nada de su vigor ni de su bondad y, antes como ahora, era para mí un querido, muy querido camarada.

¡Pero en qué estado! Había dejado más de la mitad de sus zapatos sobre la cumbre del Simplón,—las paradas en los asilos no las había hecho sin deteriorar su guardarropa, y en su cabellera a lo Danton se contaban tantas pajas como cabellos; sus mangas estaban agujereadas alrededor del codo, en fin, los pies, indóciles, pasaban por entre las roturas del calzado.

Le dí las llaves de mi chiribitil suplicándole se buscase ropa en mi armario, donde los trajes estaban al menos remendados y limpios; después le pedí viniese lo más pronto posible a buscarme.

Festejaríamos alegremente nuestro encuentro. Yo regresé al gabinete de trabajo.

—¿Algo de nuevo? interrogó ansiosamente Eliseo.—Es un excelente camarada italiano que llega de Milán y se va a Paris... a pie.

—¿Por qué no lo has hecho entrar?—

—¡Es que el pobre diablo estaba en un estado!—No importa, hazle entrar; me es agradable verle y conocerlo, porque es tan joven y tan bueno.

Debí ir a buscarle. Augusto subía lentamente la pequeña pendiente que llevaba a mi covacha, arrastrándose fatigado y con pena.

Cambió de frente y allá en el vasto gabinete de trabajo que se había cerrado no hacía aun media hora ante dos excelencias, dos de los pudientes de este mundo, el harapiento lleno de polvo, perseguido, chispeaba de júbilo entre los brazos de Eliseo que lo asediaba a preguntas sobre el movimiento en Italia, sobre los camaradas de Milán, sobre sus luchas recientes, sobre sus proyectos para el porvenir, sobre las condiciones del trabajo y de la vida, dulce como un niño, afectuoso como un hermano, modesto y delicado como todos los fuertes, como todos los grandes, como todos los buenos.

LUIS GALEANI.



# EL LUJO

Entró al anochecer; le traía las joyas
que ella ansiaba lucir. Puso en la carne viva
del brazo, el brazalete, y sobre sus cabellos
la regia «aigrette» zafírea de cabrilleos lilas.

Los ojos de la bella florecientes de goce,
como dulces zafiros radiaban sin cesar;
y ostentaba—entreabriendo su corpiño de seda—
enroscado el collar de perlas de Ceylán.

Miróse en el espejo cual nunca embellecida,
cambiando de actitud, riendo como una loca;
y tactando el estuche decía: «¡Qué locura!»
Y sus ojos pedían el precio de las joyas.

Pues en tales objetos la belleza y el precio
van al par. El callaba. Por la abierta ventana
subían del camino los múltiples murmullos
de la ciudad fabril y la labor humana.

Exhautos hombres rudos jadeaban en las fraguas;
algunos albañiles oscilando en los aires
subían una escala. Y siempre en su garganta
las perlas cabrilleaban cual ondas de los mares.

El, con su pulcra diestra mostróle un pobre hombre
que encorvado subía llevando en sus espaldas
una piedra: «Observa, agotará su vida
esclavo, sin ganar el precio de esta alhaja».

Ella tembló de orgullo. Y pareció más bella
sonriendo bajo el nimbo de suave resplandor;
¿y quién, por la sonrisa de sus labios no hubiera
vertido a manos llenas el oro y el sudor?

Un capricho de niña la poseyó en la noche:
no quiso desprenderse del mágico collar
ni el áureo brazalete. Con su regio tocado
feliz adormecióse... Y comenzó a soñar.

¡Qué sueño tan extraño el sueño de la bella!
Todas sus joyas ígneas quemaban, y en su pecho
las perlas se agitaban a modo de aguas vivas
y el brazalete de oro le estrangulaba el hueso.

De pronto, hacia la patria remota de sus piedras
vióse en un loco vuelo febril, arrebatada:
primero fué la blanca, crepuscular Siberia,
bajo el «knout» gemían innumerables parias...

Sus doloridos dedos desenterraban algo:
era el triunfal zafiro en sus cabellos riente...
Luego cambiaba todo: el mar so el claro cielo
rodaba sus olajes llenos del sol de oriente...

Un hombre se inclinaba en las purpúreas aguas,
y del inmenso mar se hundía en lo profundo;
y cuando le sacaron, la sangre le inundaba
la faz, y bajo el sol jadeaba moribundo.

Y apercibió la bella, entre sus yertas manos,
la perla del collar que en su cuello lucía;
y en su terrible sueño, los tumbos del olaje
mezclábanse a los ayes del hombre que moría.

Después fué un sordo y lúgubre ascencional murmullo:
la voz de todo un pueblo hambriento y desolado
que por satisfacer la gula de sus dueños
en una ciega empresa se aniquilaba en vano.

«¡Ah si nos fuera dado fecundizar la tierra,
«producir laborando, sudando cosechar!
«Mas nuestro esfuerzo estéril acrece la miseria
«pues en vez de nutrirnos agrava nuestro mal.

«¡Maldito sea el trabajo que análogo a la llama
«devora nuestra vida y espárcela al azar;
«maldito el lujo vano, las modas de las damas,
«causas de nuestra eterna, mortal necesidad!»

Este clamor subía de innumerables pechos.
Ella se despertó. Pálida, con sus manos
desabrochó el collar, le contempló en la sombra,
¡y creyó ver brillar llantos cristalizados!

J. M. GUYAU.

Trad. de A. Vasseur.



# Mesiánicos

En la playa...

Sobre la arenilla muelle, inmóvil, meditativo, silente como una esfinge, absorto como un dolor—¡pobre vida sin alientos que màs parece un despojo!—está: triste poeta que en su alma ha orquestado las angustias de una raza que se extingue; pedazo de amor perdido para todos los amores; «palpitante desperdicio» ensoñando auroras de ósculos; vida que amando la vida la desprecia al propio tiempo; risa y congoja abrazadas en un solo corazón; entusiasta del sol que sueña en sombras, que ansía sonorosas alegrías y no sabe gustar sino amarguras... Una contradicción, en fin, de que hay ejemplos.

Ahí está, meditativo y marchito, tal una flor de la noche que mustian las madrugadas, sobre la arena dorada de la playa rumorosa, bajo la fresca tarde lapizlázuli agorera de ingentes tempestades.

Poeta y hombre, emoción y sensación, luz zodiacal que palpita en carnes de decadencia, ha doblado la cabeza sobre el pecho fugitivo y con-

templa las arenas que horas atrás el mar cubriera invasor, en el salvaje desborde de sus potencias eternas... Contémplalas fijamente como si en ellas quisiera con sus apagados ojos, grabar la augusta sinfonía de las tristezas exóticas y los extraños silencios que él encarna.

Piensa hondo. Su soliloquio le doblega más y más.

¡Pensar hondo! ¡Hablar mudo con la propia alma cansada!... ¡Oh, los diálogos profundos de la sumidad sin fondo de aquél poeta vencido! ¡Oh, los salvadores triunfos avizorados a través de las brumas que lo llenan!

¿Qué ha sucedido que así, ensimismado, abismático y solitario se encuentra el bardo marchito? ¿Por qué no rompe la esfinge sus silencios pertinaces, y dice a los seres todos en cruentas luchas hundidos, su palabra de salvación?

Hay un estigma muy hondo: veinte siglos de anemia o de cristianismo que se han venido amasando generaciones tras generaciones, no pasan impunemente. ¡Veinte siglos, dos mil años que la vida viene siendo castigada sin descanso, por la más espantosa de las sífilis! ¿Qué, sino enfermos, entonces, ha de parirnos la tierra?

¡Oh, el retoñar perpétuo de los temores sin causa! ¡Oh, la trágica angustia de las almas y la melancolía infinita de las carnes donde agonizan los más puros instintos!

¡Hay que dar vuelta el mundo! ¡Hay que inundarlo con un diluvio de terrenal amor!

***

Y por eso aquél bardo, sobre la arena dorada y muelle, bajo la fresca tarde lapizlázuli, doblada su cabeza pensativa hacia el huyente pecho; estático, sombrío, silencioso, hablaba con su alma. Y el alma le decía de la mentira de la estrella a venir, de la luz a llegar, del ideal esperado, y le decía también de la verdad eterna: la batalla, el combate tesonero por todo lo deseado, único precio al que se entregará la redención.

Y de ahí las angustias del poeta, sus agonías, sus desesperanzas, al ver que no nació para la lucha, al comprender que nada alcanzaría, que era vana su espera, como vana su vida, como es vano el amor que no persigue el objeto de amor.

Quede, pues, en la playa el bardo triste, añorando los soles que habrían de colmarlo de potencia, fervor y actividad. Quede allí consumiéndose en nostalgias de porvenires que jamás vendrán si no se alza dispuesto a conquistarlos a través del dolor y el sacrificio.

Y que el mar llegue a él; y que cubra su testa pensativa llena de decadencias, testa de lirio blanco, fruto de las enfermas conjunciones de Cristo con la Vida, monstruoso aborto de un monstruoso amor.

Juan Palabras.

### Biblioteca de «Ideas»

Se avisa a los compañeros que acaba de ingresar a esta biblioteca un buen número de volúmenes de carácter sociológico, filosófico y literario, donados por el camarada José Pesce. Recordamos al mismo tiempo a cuantos han retirado libros y los hayan leído, que deben devolverlos para que otros puedan aprovecharlos.

La biblioteca permanece abierta todos los días, de las 14 a las 16, y además, los lunes, martes y jueves de las 20 y 30 a las 22.

El bibliotecario.

# IMPRESIÓN

*A un artista.*

La música tiene para mí la esencia de todas las artes; el principio de toda emoción.

Cuando oigo música, sueño que la vida de los hombres y hasta mi propia vida, se desliza apacible, serena, sin sombras ni inquietudes. ¡Qué sensación purísima me invade! Es como si llegaran hasta mi alma vibraciones del arpa de los bosques tañida por los céfiros del alba...

¿Es posible—me digo,—que esas manos que yo miro cómo juegan con los arcos y las cuerdas; que se mueven cual fantásticas arañas, tengan en el borde de sus dedos y en su piel fina de suave terciopelo, tanta exquisita emoción aprisionada? ¿Que lleven suspensas en sus movimientos a tantas voluntades, que provoquen tan raras sensaciones?

Ellas hablan, ellas cantan, ellas lloran. No expresan determinada alegría ni dolor; no dicen de una tristeza o un amor determinados, pero nos hablan de todos los dolores, de todos los quereres e inquietudes que nos agitan y animan, en un raro lenguaje, en notas por nosotros no entendidas, mas que sabemos todos lo que quieren expresar. Es que la música llega tan hondo al alma, ata el espíritu de manera tan sutil a sus invisibles lazos, que anula nuestra voluntad, mata todos los bajos deseos y ansiedades, y nos hace soñar, mostrándonos paraísos inalcanzables, inaccesibles, pero que su sola visión, aunque instantánea, deja en nosotros una sensación de paz y de serenidad infinitas.

El genio de las artes ha besado vuestras manos: en ellas descansa la inspiración suprema. Y ora en los melodiosos y tiernos violines, ora en la suave y dulcísima viola o en el grave violoncello, tañen armonías prodigiosas, acordes íntimos, melodías excelsas.

¡Músicas que debieran oírlas en la hora postrera, todos los desconsolados!

Isabel E. Morales.

# Glosas del camino

LOS ANDENES.

Para los hombres vagabundos tienen su encanto indecible las ruidosas estaciones de ferrocarril, donde el movimiento, la acción, la nerviosidad, dicen a los espíritus: caminar es vivir.

Las muchedumbres de viajeros que se vuelcan, cansinas y maltrechas, cubiertas del polvo del camino en los andenes, expresan al alma inquieta del viandante, las bellezas de lejanas tierras y repiten al espíritu: el movimiento es la vida.

Yo que he galopado muchas veces sobre los caminos de hierro, y he vislumbrado en las noches las titilantes lucecitas de infinidad de pueblos, mientras la jadeante masa de hierro, resoplando y bufando sofrenaba en sus andenes, volcando su carga humana; yo que he oído reir en mi corazón la primavera, cuando florecen los durazneros de las quintas que bordean el camino; yo que he admirado los campos en estío, cuando el trigo semeja en lontananza una gran cabellera de mujer rubia; yo que he sentido la invasión del esplín viendo el manto grisáceo de la niebla otoñal, cubrir los campos escuetos y pelados; yo que he experimentado el frío trágico de los inviernos rudos, sin poder ahuyentarlo con mis pobres harapos de peregrino; yo que he visto en la sucesión del tiempo, la evolución de todas las estaciones del año, mientras el monstruo devoraba distancias ya sobre los lomos de un lento tren de carga, o colgado en un rápido,—sé de la excelsa emoción que llena el alma del vagabundo, al percibir el ensordecedor ruido de los andenes, ruidos que cantan en su sinfonía trepidante: caminar es vivir.

¡Caminemos, pues, hermanos!

EN MARCHA.

Un movimiento brusco, un silbido estridente que hiende el espacio, y todo el maderámen y el hierro crugen, rezongando de su destino de esclavos del corcel de acero que luego suave, pausadamente, se pone en marcha llevando el tren tras sí.

Quedan atrás los últimos caseríos miserables de los parias del arrabal, y la verdura de los pastizales ya se distingue en la perspectiva del día frío, otoñal.

Piafando cual brioso corcel árabe, la locomotora avanza magestuosa, arrastrando el convoy a través de campos verdes, cuajados de manchitas apenas perceptibles: las haciendas,—campos marcados con el estígma de los alambrados, (que son como cicatrices que surcaran su faz) por la mano aleve de la voracidad burguesa.

Las estancias del camino dicen con sus gordas haciendas, sus cuidados jardines y sus hermosos chalets, de laboriosidad, trabajo y constancia. Las ranchadas de los parias perdidas en las hondonadas, como escondiéndose avergonzadas ante la magestuosidad de los palacetes, dicen de las fatigas sin cuento de sus moradores, del hambre de sus hijos, de la injusticia de este maldito régimen.

Y yo en mi fiebre visionaria, concibo al tren atropellando el palacio y derrumbándolo, rompiendo los alambrados y volcando en su camino semillas nuevas.

El tren es la anarquía.

¡Marchemos, pues, hermanos!

EL CAMINITO...

Caminito que conduces al pueblo; hermoso caminito abierto a talón por la paciencia de los caminantes, por la asidua afluencia de vagabundos al villorio, que desde la estación al caserío fueron marcándote sobre el suelo: eres como un manantial que borbotando brota de las rocas y entre hondonadas y ribazos va a caer al río.

Al ensancharte desembocas en la calle ancha y polvorienta, grosera y prosaica ante tu hermosura. En el camino, iluminado apenas por la luna, hay tres luces escalonadas. Una es el boliche donde hombres rudos y miserablemente trajeados beben, cantan y ríen estúpidamente. Al pasar se asoman y uno dice al ver mi extraña facha: «¿Linyera con papeles? Seguro que es gringo anarquista».

Otra luz... Palpito que es la comisaría y prudentemente le cuerpeo el bulto, ardando a campo traviesa.

La última luz de la calle es el «centro recreativo». Me interno de nuevo en un angosto camino abierto a talón. También se ve una lucecita y al verla da un brinco mi corazón. En el interior del pequeño local obrero, unos hombres cantan hermosas remembranzas de cruentas luchas.

Yo canto allí mi verbo, y manos hermanas me estrechan la diestra.

¡Caminito abierto a talón, pequeño local obrero: cuando un vagabundo os encuentra a su paso, canta su corazón!

¡Cantemos, pues, hermanos!

¡HERMANOS CAMINANTES!

Perdámonos entre el gentío de los andenes; llenemos nuestras almas de ruidos, de gritos que son vida; cantemos en la partida, y el tiempo nos devolverá desde sus concavidades el sonido de nuestros gritos, en bellas promesas de fraternidad.

La vida del futuro nos resarcirá con creces la que hoy derrochamos en la lucha.

Piafemos con la locomotora cuando arranca del andén, más aun, empujemos el convoy con nuestro entusiasmo, cuando arranca de la estación.

Y derribemos con él, los palacios del camino; cortemos, enredemos los alambrados, levantemos viviendas dignas del hombre, donde hay hoy miserables ranchadas. Abramos muchos caminitos a talón, con paciencia, con tesón. Lleguemos muchas veces a los localitos obreros de las luces rojas.

Cantemos siempre nuestro verbo, y el mundo será de los libres, de los dignos, de los que algo producen en la vida.

¡Luchemos, pues, hermanos!

¡Luchemos!

Abraham Schor.

Junio de 1923.

# Responso

Contaba Thamos, el gran piloto de Alejandría, que surcando los mares vió una vez ante sí una aparición, la cual pronosticóle días funestos para Tiberio. Entonces Thamos presentóse a este y le expresó lo que había visto y oído.

Tiberio, aterrorizado, interrogó a Trasilio, el sabio y venerable anciano de aquella corte, que leía en el tiempo y en las estrellas, preguntándole si algún peligro lo amenazaba, si, acaso, los pueblos sometidos se preparaban para sacudir su yugo. Trasilio, después de sondar el éter y de abstraerse un rato, replicóle: La paz de Augusto, afianzada por tus victorias, dura todavía. Los galos, subyugados, viven contentos; en Mesalia y Autón, los jóvenes escriben versos latinos y recitan hermosos pasajes de Cicerón. En Lutecia se apasionan por simples historietas. El Egipto arrulla a sus momias y canta en torno de sus bueyes sagrados, elegías lúgubres. Que el César, pues, se tranquilice: esta admirable paz se prolongará.

Nosotros, que no somos Trasilio, que apenas si sabemos leer en los libros, ¡no ya en el tiempo ni en las estrellas! podemos decirle lo mismo o parecido a cuantos disfrutan de los privilegios que la actual sociedad les ha otorgado:

¡Oh rechonchos burgueses, tranquilizaos! Que nada turbe la paz de vuestros abyectos espíritus. Ved que la historia se repite. Hoy no son los jóvenes galos, los que escriben versos latinos en vez de luchar contra el César; es la proterva juventud sin ideales, que escribe o canta torpes milongas y filosofa, atiborrada de bebida, en los lupanares, apasionándose por el juego, nada más, mientras se afianza con mayor vigor, el cesarismo monárquico, republicano o socialista.

Tranquilizaos, ¡oh grasientos cetáceos! que el apasionamiento de Lutecia por las historietas, ha sido substituído hoy día por el de los mozos imberbes que se vanaglorian de haber seducido y abandonado a una pobre mujer.

Ya no es el Egipto el que arrulla a sus momias y canta en torno a sus sagrados bueyes; ahora es el populacho de aquí y de todas partes, que se arrodilla ante un altar, frente a un lienzo o un muñeco de palo; ahora es la juventud sin sueños, que hace genuflexiones ante el becerro de oro, más venerado que los mismos bueyes de otrora, o que aclama a un trapo de uno o dos metros, atado en la punta de una caña, o que se unce a la carroza de un gobernante, poseída de delirio ancestral.

Tranquilizaos, sí, ¡oh timoratos políticos, jueces y verdugos! que vuestro vetusto y remendado edificio durará mucho todavía, en tanto los jóvenes no rompan sus milongas o dejen de cantarlas y empuñen la espada, el látigo o la bomba; en tanto no dejen la aventura obscena por la revolucionaria; en tanto no inmolen al becerro de oro en el altar del bienestar común; en tanto se postren ante un farsante de toga, de frac o clámide, en vez de desafiarlo, y en tanto no comprendan que todos sus dioses, así del cielo como de la tierra, no son más que simples muñecos llenos de aserrín por arriba, y de excremento y podre por abajo.

¡Oh! pero cuando abra los ojos, cuando vea, cuando palpe, entonces ¡ay de vosotros, señores, porque el terror os poseerá!

Mas por ahora, tranquilizaos: esta admirable paz se prolongará por mucho tiempo todavía. Comed, gozad, dormid, pues, sin preocupaciones. El pueblo es manso y está acostumbrado al yugo. Yo os lo digo.

Begú-Ben-Izdok.

# Lección para todos

### Cómo somos. Cómo deberíamos ser

Somos las agrupaciones editoras de periódicos, de lo más insolidarias entre nosotras. Vivimos como los malos vecinos, observándonos la vida, para alegrarnos en silencio, de las paredes adentro, en cuanto la vemos triste, caída, sin sangre ya.

Cada grupo de compañeros cumple en su pueblo, en su ciudad o su aldea, la obra que está al alcance de los medios con que cuenta. Esos medios suelen ser generalmente precarios, más precarios cuanto más les es hostil el ambiente en que esos grupos actúan. Lo lógico sería pues ayudarlos, bien enviándoles gratuitamente material de propaganda o dándoselas al menor precio posible. Pero no, lo contrario es la verdad: de lo gratis, casi siempre nos olvidamos; del precio, el mucho más alto es casi siempre también el que mejor nos parece. Un folleto, por ejemplo, de 60 a 70 páginas, nos cuesta por lo regular de 20 a 30 centavos, cuando por 10 lo podríamos comprar si sus editores tuvieran en cuenta los intereses de la propaganda. Un libro de unas 400 páginas, que podríamos vender a 80 centavos, no es difícil que le doblemos o tripliquemos el precio para sacarle más jugo. Y hasta se dan estos casos: que el libro de nuestro ejemplo le cueste al librero un peso y a los camaradas dos. Con un criterio de esta clase, más digno de comerciantes que de propagandistas, es claro que nuestra obra no pueda extenderse mucho, y es claro que nuestra solidaridad sea siempre tan menguada.

Leamos un periódico cualquiera de propaganda de nuestras ideas. A cada instante lo veremos declamar solidaridad a los trabajadores de aquí para los de allá, pedirle a todos que en la guerra que tal gremio sostiene contra tal burgués, presten su más decidido apoyo a sus hermanos en lucha. Como llamados, no pueden pedirse más persuasivos, más convincentes, más directos al corazón. Pero que salga uno de nuestros periódicos a probar los chanchullos morales, los latrocinios más evidentes de un N. N. cualquiera, con más antecedentes de policía que de hombre, de procurador que de propagandista, de insolvente que de responsable, de falluto, en fin, que de íntegro, y ninguno de sus colegas lo acompañará en la guerra que ha movido a un ente tal, ninguno se solidarizará con él para hundir en el desprestigio a tan vulgar ladrón como vil mercader, y, lo que es peor todavía, hasta los mismos que deberían hablar porque algo tienen que decir, se callarán, y muchos continua-

rán con semejante tipo, en las más perfectas relaciones.

Convenzámonos: no somos todo lo que decimos ser, ni practicamos todo lo que aconsejamos. Somos, sí, en cierto modo, celosos de la prosperidad de la obra de nuestros compañeros, o envidiosos, en mal sentido, de la armonía que entre ellos reina.

A nosotros no nos entristece la agonía de un periódico nuestro, particularmente si el periódico ha logrado hacerse un camino en la simpatía de muchos. Tampoco nos entristece si tiene un feo aspecto o sale mal escrito. Por el contrario, estas desgracias nos producen más bien cierto contento. ¿Y por qué no, si la muerte del colega puede ser nuestra vida; si la linfa que lo vivificaba, quizá derive o tuerza hacia nosotros?

Tal somos todos, hablando de una manera general. Tal, sin embargo, no deberíamos ser ninguno de nosotros. Y tal no lo hemos sido (si es preciso que particularicemos algún caso) los que editamos esta publicación.

Por eso, porque nos ha dolido, hemos criticado a los compañeros que escriben malos versos, que han hecho teatro malo, que se han valido de recursos sucios para la propaganda, que han tapado la boca de la verdad cuando iba a hablar contra ellos, que han ambulado, en suma, por caminos tortuosos, o se dieron al chisme o procuraron echar abajo una obra en la cual no pusieron un instante de amor o de entusiasmo.

Y por eso sufrimos si se muere un periódico, si se disuelve un grupo o vive lánguido, porque sabemos que por mucho que otros se lancen de muy lejos a llenar el vacío que dejaron, jamás han de servir cumplidamente como los que conocen palmo a palmo el espíritu, el modo, la manera o la psicología del ambiente en que actuaron.

Y ahora, lean los compañeros la carta que insertamos a continuación, carta que nos movió a escribir las líneas precedentes, que nos llenó de júbilo por su íntimo sentido y a la cual respondimos a su tiempo, privadamente, con un intenso abrazo fraternal de todos los compañeros de «Ideas» a todas las compañeras de «Nuestra Tribuna».

Compañeros de «Ideas».

¡Salud y Anarquía!

El grupo editor de «Nuestra Tribuna» acordó, en vista de la condición económica por la que atraviesa vuestro periódico, por el que esa agrupación ha hecho cuanto le ha sido posible por sostenerlo desinteresadamente, y mirando con simpatía la obra realizada por él, iniciar una obra que hasta hoy no se ha llevado a cabo entre la prensa anarquista, que es la de la solidaridad. Y contando éste periodiquito, momentáneamente, con fondos, hemos acordado donar, para contribuir al sostenimiento de esa hoja, la cantidad de veinte pesos, que va adjunta a ésta, en giro postal.

Es de esa manera, compañeros, como entendemos las que componemos este grupo editor, que se deben estrechar los lazos de solidaridad entre la prensa anarquista, así como entre los anarquistas mismos, dejando las divergencias que suelen separarnos, por la obra tan necesaria por nosotros emprendida.

Os saluda por la anarquía y el grupo editor.

JUANA ROUCO.

Necochea, 4 de Junio de 1923.

**NOTA NECESARIA.** — Los anarquistas no vivimos en vano. Miramos la vida con el propósito de aprender todo lo que ella enseña a todos, día a día, y cuando las lecciones son de aquellas tan bellas, por lo generosas, como la que nos han dado las compañeras de «Nuestra Tribuna» (de las mujeres han de venirnos siempre ejemplos de ternura), ¿quién no las tiene en cuenta? ¿quién podrá nunca olvidarlas? ¿quién, lleno de emulación, no se sentirá dispuesto para seguirlas?

Es lo que nos ha sucedido a nosotros. Y, así, viéndonos momentaneamente millonarios (obsérvese nuestra sección administrativa), hemos acordado en la última reunión de la agrupación editora de éste periódico, donarle 30 pesos a «La Pampa Libre», valiente periodiquito sacado a fuerza de sacrificios sin cuento; 25 pesos a la escuelita racionalista de Talleres y otros 25 a la Biblioteca Popular «Brazo y Cerebro» de Lanús (Oeste), que puja desesperada por abrir en aquella localidad y adyacencias, una brecha para la propaganda.

Y con todo esto creemos no ofender a ninguno y contribuir a formar el grande, el verdadero frente único: el de los pechos hermanos que ha de llevarse por delante a todos los sinvergüenzas, y un día abatirá a la sociedad burguesa.

# RESURRECCION

### Comedia dramática en un acto, de **Daniel Dominguez**

PERSONAJES

**Margarita**. . . . . . . . 20 años
**Doña Rosa,** su madre . . 45 »
**Manuel,** su hermano . . . 25 »
**Eduardo,** su novio . . . 25 »
**Juan,** un amigo. . . . . 25 »
**Un** bebé. . . . . . algunos meses

ALGUNAS INDICACIONES RESPECTO A LOS MISMOS

**Margarita:** una muchacha de aspecto inteligente y bueno; expresiva en el gesto; viste elegantemente, pero con mucha sencillez.

**Doña Rosa:** una mujer aburguesada, de media madurez, ni demasiado conservada ni demasiado envejecida; no sabe nada de nada; vive inconscientemente la rutina de su medio, sin preocuparse de si hace bien o si hace mal; viste de negro, sin ostentación de lujo.

**Manuel:** tipo despreocupado y con marcadas características de haragán; bien alimentado, rozagante, corpulento, de aspecto un tanto bestializado, y un tanto lánguido en los ademanes; no se acalora ni se apura por nada ni para nada; como no tiene ninguna ocupación, ni pasea casi, y no hace otra cosa que estarse en su casa durmiendo a toda hora; viste de cualquier modo, sin arreglo ninguno, con ropa vieja y notablemente revolcada.

**Eduardo:** prototipo del niño bien; afectado en el gesto y en el decir; el rostro bien afeitado y bien cuidado; viste con todos los rigores de la moda; su traje guarda tan minuciosa simetría, que molesta: excesivamente planchado, sin la más leve arruga; es el tipo que vive de la apariencia, hasta el punto de dar la sensación de reclame de sastrería, más que de hombre propiamente dicho; ostenta lujo por todas partes: anillos, cadena, reloj-pulsera, grueso alfiler de corbata, guantes, bastón vistoso, pañuelo de fantasía asomando por el bolsillo superior del saco, y siempre en pose, como si eternamente se estuviese retratando o haciendo un gesto para la historia.

**Juan:** un mozo sencillo, aunque correcto y elegante; en su modo de hablar revela bondad, al mismo tiempo que interés por las cosas que le ocupan.

**Un bebé:** mudo; no llora, ni habla, ni canta, ni ríe: duerme desde que lo entran a escena hasta que cae el telón.

***

**El lenguaje:** es, en todos, ese castellano levemente acriollado que se usa en las familias españolas que llevan ya años de América, con más tendencia al español que al verdadero criollo, aunque entre la familia haya algunos nativos del país. Se nota el acriollamiento, en el ligero arrastre de las elles y en la suplantación de las ces y las zetas por la ese, conservando, sin embargo, la acentuación perfecta de las palabras. En fin; un lenguaje neutro que no es ni propiamente español ni propiamente criollo.

**La acción en Buenos Aires. Epoca actual**

ACTO UNICO

Sala rica. Puerta al foro que comunica con el vestibulo y tapada con un grueso cortinado. Puerta a la lateral izquierda que comunica con habitaciones interiores. Puerta a la lateral derecha, último término, que comunica con el jardín. Sobre la misma lateral, primer término, ventana por la cual se figura ver al mismo sitio. Varias sillas, sillones y un sofá. Esquinado en el rincón de la izquierda, un escritorio de señora. Una mesa de fantasía, un poco hacia la izquierda, en primer término. Algunos otros muebles de adorno convenientemente distribuídos por la escena. Es de día Izquierda y derecha, las del actor.

**Doña Rosa, sola**

(Sale por la lateral izquierda, dando muestras de inquietud y hablando consigo mismo). Pero señor, ¿a dónde se habrá metido esta muchacha? Si le hubiera pasado una desgracia... No, no; no puede ser; ya hubieran avisado. (Va á la puerta del foro, levanta un poco el cortinado y asoma la cabeza para el vestíbulo. Después, volviendo al centro de la escena:) ¿Qué podrá haberle pasado? (Oyendo la campanilla que suena en el vestibulo.) ¡Ah!... esta es ella. (Vuelve a la puerta, levanta la cortina y queda sorprendida al ver a Juan, parado delante). ¡Oh!... ¡Qué cosa tan inesperada!

ESCENA II

**Doña Rosa y Juan**

**Juan.** — (Entrando.) ¿La he sorprendido, verdad? (Da la mano a Doña Rosa).

**Doña Rosa.** — Claro; si creíamos que ya no se acordaba más de nosotros.

**Juan.** —Yo sé acordarme siempre de los amigos, Doña Rosa.

**Doña Rosa.** — Pero no nos ha mandado ni una sola letra durante su ausencia.

**Juan.** — Siempre he sido muy negligente para eso, es cierto. Pero, es que yo no sé por qué, es torturador para mí tener que escribir una carta. Ya ve; ni a mi familia le he escrito... (Bajando un poco la voz y agachando la cabeza). por más que ya sabe en las condiciones que me fuí.

**Doña Rosa.** — Sí; escapado de su casa. Pero eso, podemos decir, fué una niñería que ya se le ha perdonado.

**Juan.** — Así espero que sea, en efecto.

**Doña Rosa.** — ¿Cómo, se atreve a dudarlo? ¡No sabe usted cuánto ha lamentado su buena madre, aquí a solas conmigo, el no haber sido más tolerante con su hijo! Y su padre también; siempre que le recordábamos, se ponía muy apesadumbrado.

**Juan.** — ¡Pobres viejos!...

**Doña Rosa.** — Ha sido usted muy ingrato con ellos.

**Juan.** — Es verdad.

**Doña Rosa.** — Y aun duda de que le hayan perdonado.

**Juan.** — Es que, le diré, Doña Rosa, he llegado ayer y he pasado la noche en el hotel. Todavía no he ido a casa. Quería tomarlos de sorpresa y no les anuncié mi llegada, pero, ahora, no sé verdaderamente cómo hacer para presentarme. Fíjese que salí del hotel con intención de ir allá, y en cambio me vine aquí, por no saber cómo resolver esta situación tan molesta.

**Doña Rosa.** — ¡Siempre cabeza loca, este Juancito! ¡Siempre inventando o proyectando algo! Lo mejor será que mande a su casa una esquelita. Mire (llevándolo al escritorio.) aquí puede hacerla. (Abriendo un cajoncito del escritorio.) Aquí hay papel y sobre; yo misma la mandaré después a su casa con un sirviente.

**Juan.** — (Sentándose al escritorio). ¡Oh, muchas gracias, Doña Rosa; es usted muy buena! (Saca papel del cajoncito abierto por Doña Rosa y al ir a tomar la pluma para escribir). ¡Ah! ¡Pero, caramba; siempre lo mismo; (sonriendo con malicia) siempre olvidado de las buenas costumbres! ¿Y Margarita? ¿Y Manuel?

**Doña Rosa.** — Siempre acordándose de usted; especialmente Margarita. Ella se acuerda mucho de usted. Siempre está contando alguna ocurrencia o... algún capricho suyo.

**Juan.** — (Interesado). ¿Sí? ¡Pues yo creí que no se acordaba ni de mi facha!

**Doña Rosa.** — Quite usted; si en los tres años que usted ha faltado, no se le ha pasado un solo día sin que lo nombre. Si hasta estoy por decirle que de tanto acordarse, — usted perdone la expresión — se le están pegando hasta sus defectos.

**Juan.** —(Ríe bonachonamente.). ¡Ja, ja, ja!

**Doña Rosa.** — Sin ir mas lejos, hoy tenemos un caso. Figúrese que salió esta mañana a comprarse un sombrero; no eran las nueve siquiera y todavía no ha vuelto.

**Juan.** — (Mirando el reloj). Pues son las catorce ya. Seguramente se habrá encontrado con alguna amiga y se habrá ido con ella.

**Doña Rosa.** — Sí; pero podía mandar aviso, así no tenía una que estar aquí pasando inquietudes.

**Juan.** — Tiene usted razón, Doña Rosa, pero, que quiere, los muchachos de ahora no podemos ser como los de hace treinta o cuarenta años.

**Doña Rosa.** — ¡Oh, no, mi querido Juancito! Lo que hay es que los padres de ahora, no sabemos hacernos respetar como los de antes.

**Juan.** — Pues yo en cambio, le aseguro que si mis padres me hubiesen sabido respetar un poco más a mí, nunca me hubiera ido de su lado. Yo tenía que respetar, al extremo del más absoluto silencio, sus creencias y sus costumbres, pero ellos no hacían, por el contrario, otra cosa que importunarme constantemente respecto a las mías.

**Doña Rosa.** —¡Cómo han cambiado las cosas! ¡Cuidadito con que yo le rechistara a mi padre, o lo mirase demasiado fuerte!

**Juan.** — No se aflija, Doña Rosa, no se aflija. Ese es el camino a que todo está obligado: cambiar y cambiar siempre. Lo que no cambia desaparece.

**Doña Rosa.** — Es que esta Margarita es el colmo. Es trabajadora, eso sí. Y sin que nadie le haya dicho nada, que es lo mejor. Ella se pone y va de acá para allá todo el día, trabajando tanto o más que cualquier sirviente de la casa. Lo malo es que no se le puede contradecir, ni decirle una palabrita más fuerte que otra. Y no es que se irrite o escandalice, no. Es que, yo no sé, se engolfa en la lectura de unos libros que ha sacado quién sabe de dónde, y después la marea a una con palabras, y siempre sale ella ganándola.

**Juan.** — Y bueno; no es para lamentarse entonces. No es que obre a impulsos de un instinto de maldad, sino a conciencia de un sentimiento cultivado.

**Doña Rosa.** — ¡Huy, huy, huy! Hablando así, también usted me va a ganar, claro.

**Juan.** — ¡Qué buena esta Doña Rosa!

**Doña Rosa.** — Qué débil, querrá usted decir.

**Juan.** — Eso es bondad, Doña Rosa, es bondad, aunque lo tome usted en sentido tan contrario. Y ahora, cambiando un poco el tema, — no quisiera ser indiscreto, — ¿sigue Margarita con aquel novio tan oficioso que tenía?

**Doña Rosa.** — Sigue con él, sí, pero me parece que es porque no ha encontrado todavía el modo o la ocasión para despedirlo. El muchacho es un poco así... en fin, usted me comprende, pero me parece que sería una lástima.

**Juan.** — ¿De modo que está completamente revolucionada?

**Doña Rosa.** — ¡Eso, eso; revolucionada! ¿Ha visto cómo también ustedes saben comprender cuando quieren?

**Juan.** — (Sonriendo.) Pero es precisamente lo que a mí gusta: que las personas se revolucionen. Lo malo es el estancamiento.

**Doña Rosa.** — (Circunspecta.) Bueno, bueno; si seguimos la conversación, no van a recibir nunca esa esquela sus padres. Iré un momento al jardín, para que pueda escribir usted. (Se retira del lado de Juan, y éste se coloca en actitud de escribir. Doña Rosa cruza la escena, hacia la lateral derecha y cuando está cerca de la puerta que da al jardín se dice para sí misma:) ¡Pero esta muchacha que no vuelve! (Se vuelve hasta la puerta del foro y asoma la cabeza hacia el vestíbulo. Se dirige otra vez a la puerta del jardín.)

**Juan.** — (Dándose vuelta de improviso, cuando Doña Rosa está por llegar por segunda vez a la puerta.) ¡Ah! ¡Pero Doña Rosa! ¡No se ha acordado de preguntarme dónde estuve todo este tiempo!

**Doña Rosa.** — (Avergonzada). Es verdad. Usted disculpe... es que esta inquietud...

**Juan.** — (Riendo.) ¡Bah! no es nada. Ya sabe usted que yo no hago caso de esos cumplidos obligados. Se lo decía por jugar.

**Doña Rosa.** — (Como sin saber lo que dice.) Es que yo no sé, estoy trastornada, estoy trastornada. (Vase por la puerta del jardín. Juan vuelve a tomar actitud de escribir).

ESCENA III

**Juan y Margarita**

(Juan queda un rato pensativo, apoyada en el labio la lapicera, sin saber qué escribir. A poco, Margarita, asoma la cabeza por detrás del cortinado, del lado derecho, y como para cerciorarse de que no hay nadie. No percibiendo a Juan en el rincón de la izquierda, por habérselo ocultado ella misma con la cortina, se determina y entra sigilosamente. Va al sofá y coloca sobre el mismo, con mucho cuidado, un bulto envuelto en una frazada blanca, bajo el cual se adivina difícilmente la forma de una criatura. Está, jadeante y algo despeinada. Juan, como habiendo sentido algo detrás de él, se da vuelta en la silla mientras Margarita está todavía arreglando la criatura en el sofá, que estará colocado en la dirección de la lateral derecha entre la puerta y la ventana).

**Margarita.** — (Con sobresalto, al oir el ruido que hace Juan en la silla.) ¡Ah!...

**Juan.** — (Con efusividad). ¡Margarita!

**Margarita.** — (Sin comprender). Usted disculpe, creí que no había nadie en la sala.

**Juan.** — ¿Por qué se ha sobresaltado así, Margarita? ¿Se asustó de mí?

**Margarita.** — No, es que ya venía con miedo. Venía sin saber cómo entrar en mi casa, y cualquiera me hubiera asustado lo mismo. Este susto era inevitabe en esta circunstancia. Pero qué manera tan inesperada de encon-

trarnos.

**Juan.** — Cierto.

**Margarita.** — ¿Cómo está usted aquí? ¿Cuando ha venido?

**Juan.** — He venido ayer. Pero, bah, dejemos eso; el caso es que estoy aquí. Lo que yo desearía saber, es por qué venía usted con tanto miedo. Por más que ya me dijo su mamá que había usted salido esta mañana y...

**Margarita.** — (Interrumpiendo.) Sí, sí, y he permanecido fuera más tiempo que el de costumbre y que el razonable también; pero, no, no era por eso el miedo. Es que hoy he dado un paso que no puede menos que chocar con el criterio de mi madre, y por eso venía presintiendo la tormenta.

**Juan.** — Está usted haciéndose bastante independiente; ya me contó algo también de eso su mamá, y en verdad, creo que no tendría usted por qué asustarse tanto; me parece que ya la tiene acostumbrada.

**Margarita.** — Es cierto; yo hago en esta casa lo que quiero. Mi madre se siente impotente para luchar conmigo y me lo tolera todo, aunque muchas cosas no le gusten. Aquellos libros que usted me mandó antes de irse, me hicieron ver y pensar muchas cosas.

**Juan.** — ¿Quiere decir, que mis libros eran buenos, entonces?

**Margarita.** — Sí; parecía que por ellos me hablaba una voz amiga, que me recordaba siempre la suya. ¡Ah, pero nunca he llegado a comprenderlos tan bien como hoy! Hasta ayer, hasta hace un momento puede decirse, no tenía de aquellas cosas sino que ideas vagas, confundidas, pero hoy se me han esclarecido en un instante.

**Juan.** — ¿Sabe que nunca me hubiera imaginado encontrarla tan interesante?

**Margarita.** — ¿No?

**Juan.** — Es más; le aseguro con toda sinceridad, que no era mucho lo que me acordaba de usted.

**Margarita.** — ¡Qué ingrato! Pues yo...

**Juan.** — (Interrumpiendo.) ¡Oh, no me diga nada, que lo sé todo!

**Margarita.** — ¿Y, puede saberse, amigo Juan, dónde ha estado usted todo este tiempo?

**Juan.** — No se apure usted, que ya lo sabrá; ya se lo contaré con más tiempo. Y, pregunto yo ahora, ¿puede saberse, amiga Margarita, cuál ha sido ese paso dado por usted hoy? Creo que esto es más interesante y más urgente.

**Margarita.** — Este... ¿Ve usted ese bulto que he dejado ahí sobre el sofá?

**Juan.** — Sí, sí, lo veo y ya estuve a punto de preguntarle varias veces, pero ahí veo a su mamá, también, que viene para este lado. Sea lo que sea, tenga usted valor.

**Margarita.** — (Notando la proximidad de su madre, se retira de Juan y se coloca junto al sofá, como presta a defender lo que sobre él ha dejado. Al mismo tiempo que hace un gesto de inteligencia a Juan.) Nunca me ha faltado y ahora, con un apoyo, me faltará menos.

ESCENA IV

**Margarita, Juan y Doña Rosa**

**Doña Rosa.** — (Entrando por la lateral derecha. A Juan.) ¿Concluyó usted ya esa esquelita? (Viendo a su hija.) ¡Ah! ¿Estás de vuelta por fin? Pero hija, ¿cómo has tardado tanto para comprarte un bendito sombrero? ¡Ni que hubieras tenido que esperar a que lo hicieran! (Queda como esperando contestación. Margarita, quieta en su sitio, permanece muda y agacha la cabeza.)

**Juan.** — Iré a dar una vuelta por el jardín.

**Doña Rosa.** — (A Juan.) Puede usted quedarse, si quiere; es usted de confianza.

**Juan.** — No, no. Mi presencia siempre será molesta en este caso. Si me permite, mientras ustedes conversan, pasaré al comedor a escribir esa dichosa esquela.

**Doña Rosa.** — ¿Todavía no la escribió? ¡Pero, válgame el señor! Vaya, vaya usted a escribirla.

**Juan.** — Con su permiso, entonces. (Va riendo al escritorio toma el papel, el tintero y la lapicera y sale por la izquierda.)

**Doña Rosa.** — (Encarándose otra vez con su hija, que habrá permanecido en la misma actitud.) Te fuiste que no eran todavía las nueve, y vuelves recién ahora, que son pasadas las catorce. ¿Dónde has estado? (Margarita sigue muda y cabizbaja.) Cansados de esperarte, hace ya rato que yo y tu hermano hemos almorzado. Pensé que si hubiera sido una desgracia, hubieran venido a avisar, pero hija, pasaba el tiempo y ya empezaba a inquietarme. (Todo esto dicho sin enojo y sólo como cariñosa reconvención. Después reparando en el bulto del sofá, que Margarita tapa a medias con su cuerpo.) Pero, ¿qué bulto es ese que has traído ahí? ¿No dices que era un sombrero lo que ibas a comprar? ¿Qué es eso?

**Margarita.** — (Sin inmutarse, pero siempre sin mirar a su madre.) Sí, sí, mamá, es verdad; pero no lo he comprado. Con ese dinero hice algo mejor. ¡Ah; y he resuelto cambiar radicalmente mi vida! ¡He sido demasiado niña hasta ahora! Desde hoy tendré otras preocupaciones más importantes que las cintas y los sombreros.

**Doña Rosa.** — (Impaciente de curiosidad.) ¡Bien, bien! Pero, ¿qué es eso que has traído ahí? (Va como para descubrir el paquete y Margarita la contiene.)

**Margarita.** — (Con vivacidad.) ¡No mamá, no lo toque, que se va a despertar!

**Doña Rosa.** — (Intrigada.) ¡Que se va a despertar!... ¿Qué animal te has traído?

**Margarita.** — No es un animal, mamá: es un nene.

**Doña Rosa.** — (Con asombro.) ¡Un nene!

**Margarita.** — (Suplicando cariñosa.) ¡Mamá, no se enoje!

**Doña Rosa.** — ¡Claro! No sé para qué me voy a enojar, si tú lo puedes todo.

**Margarita.** — Lo he traído así, todo tapado, porque está un poco enfermito; y hace tanto viento por la calle... Voy a destaparle un poco la carita para que respire mejor. Verá qué cara más preciosa tiene. (Se agacha delante de la criatura y le destapa la cara con mucho cuidado, como para que no despierte. Después, con una sonrisa mezcla de alegría y de dolor, llamando la atención a su madre que ha quedado de pie detrás de ella:) ¡Mire, mírelo mamá! ¡Pobrecito! (Con mucha suavidad le da un beso en la carita.)

**Doña Rosa.** — (Inclinándose sobre la criatura, por encima del hombre de su hija. A media voz.) Sí, sí: es bonito! (Retirándose; fuerte.) Bueno, ¿y qué es lo que piensas hacer con esa criatura? ¿De dónde la has sacado?

**Margarita.** — (Haciendo seña a su madre de que baje la voz y hablando bajo ella también.) No hable fuerte, mamá: ¡le hace tanta falta dormir!

**Doña Rosa.** — Bueno, bueno. ¿Pero de dónde ha salido ese chico?

**Margarita.** — ¡Ay! Pero, mamá, deme usted un poco de tregua. (Se levanta, se quita el sombrero, lo pone sobre la mesa y se sienta junto a la misma; suspirando.) ¡Ah, me ha dejado rendida! (Distraídamente se pone a darle vueltas al sombrero.)

**Doña Rosa.** — (En tono de súplica.) ¿De modo que no puede tu madre saber lo que haces?

**Margarita.** — (Sin dejar de darle vueltas al sombrero.) ¿Que qué pienso hacer, decía usted? Pues, ¿qué voy a hacer! ¡Cuidarlo yo! ¡Guardármelo yo!

**Doña Rosa.** — (Sorprendida.) ¡Guardártelo tú!

**Margarita.** — (Volviéndose hacia su madre.) Sí, yo; ¿qué otra cosa puedo hacer? Su padre, murió hace un año, sin conocerlo siquiera. Su madre, si no ha muerto todavía, tardará pocos momentos en morir.

**Doña Rosa.** — Sí, sí, bueno, ¿pero no tenía esa gente ningún pariente, en fin, nadie que se hiciera cargo de la criatura?

**Margarita.** — No tenían, no, ningún pariente. Aquí, al menos. Eran extranjeros: españoles. Se vinieron aquí a América, perseguidos por la miseria de allá; ilusionados por las grandezas que de aquí se cuentan. Vinieron a tentar la suerte, — igual que usted y el finado papá, según usted nos cuenta. — pero ¡pobrecitos! ya ve la suerte que tuvieron.

**Doña Rosa.** — Sí, pero tu padre supo trabajar y aunque murió joven, nos dejó la buena renta de la que vivimos. Además, ésta es una tierra hospitalaria, que tiene en cuenta a los desgraciados también: tiene asilos para las criaturas que quedan al desamparo.

**Margarita.** — (Reconviniéndola.) ¡Pero mamá! ¿cómo puede usted hablar así? ¡Ah, si hubiera presenciado el cuadro como lo presencié yo! Verá: le contaré desde el principio.

**Doña Rosa.** — Bueno; me sentaré para escuchar mejor. (Arrima un sillón frente a su hija y se sienta.)

**Margarita.** — Cuando salí para la tienda, me encontré con Jacinta. ¿Se acuerda usted de Jacinta, aquella amiga mía que vino un día a casa? (Doña Rosa hace ademán de ignorar.) ¿Cómo no? Aquella... aquella que le dije que era de las damas de beneficencia. (Doña Rosa hace señal de asentimiento.) Bueno, me encontré con ella y me dijo si quería acompañarla hasta una casa en que tenía que hacer un socorro...

**Doña Rosa.** — (Tomándole la palabra.) Sí, y tu amiga hizo el socorro, cargándote a ti la criatura.

**Margarita.** — ¡No, no, no! No fué así, mamá/ ¡Oh, si tuve que pelearme con Jacinta, para que me lo dejara traer! ¿Pues, no quería la muy indigna, una mujer como ella, nadando en plata y en comodidades, llevárselo a la casa de expósitos?

**Doña Rosa.** — Y hubiera sido lo acertado. Porque, vamos a ver: ¿para qué te sirve a tí ese chico? ¡Para quebraderos de cabeza, nada más! Y para que ni siquiera te lo agradezca cuando sea grande.

**Margarita.** — Madre, cuando la naturaleza, cuando esa gran madre de todo cuanto alienta bajo el sol, hace algo para el bien común, no lo consulta con nadie, ni tiene en cuenta si han de agradecérselo tampoco. Usted que todavía lee la biblia, no debiera decirme eso. "Haz bien y no mires a quien". ¿No es así como Jesucristo dijo? Pues ya ve; usted es creyente y desaprueba mi proceder. Jacinta, que también es creyente, me decía lo mismo: "No sé para que quieres cargarte con ese muchacho medio tísico, pudiendo echarlo al asilo. De todos modos no es ni de tu propia clase; es hijo de dos buscavidas miserables que sólo servían para trabajar". Cuando escuché esto, tuve que contener un acceso de rabia. ¡Me acometió tal ímpetu, que estuve a punto de arrancarle todas sus alhajas y pisotéarselas, y abofetearla a ella después! ¡No se imagina usted, madre, lo que yo he aprendido hoy en ese momento! ¡Hoy he resucitado!... ¡He resucitado, sí! ¡Esta rabieta es todavía un favor que debo agradecer a mi indigna amiga!

**Doña Rosa.** — (Que, antes de terminar Margarita, se habrá levantado como asustada; acariciándola, y con mimo.) ¡Pero hija, Margarita, tú te exaltas demasiado! ¿No te sientes mal?

**Margarita.** — ¡Cómo no exaltarse, madre, cómo no exaltarse! ¡Si es como para explotar de indignación! ¡Siento no sé qué cosa, como un nudo, aquí, (llevándose las manos a la garganta.) ¡Aquí, en la garganta! ¡Siento no sé qué angustia, no sé qué asco, que me ha quedado aquí!

**Doña Rosa.** — (Continúa acariciando a su hija y con creciente inquietud.) ¡Pero hija!... ¡Margarita!...

**Margarita.** — ¡Oh, déjeme que me desahogue, madre! ¡He sufrido tanto!... Pensar en la friaidad de las cuatro paredes descarnadas del asilo, en lugar de un poco de calor de seno humano, frente al triste cuadro que teníamos delante, sólo se concibe en un alma encallecida por el vicio, empedernida por el mal. Para ella valía más su perrito, que mantenía en brazos, que esta pobre criaturita hambrienta. ¡Es que su perrito es de su clase, sí, de su clase! (Con un gesto de suprema repugnancia.) ¡Oh, qué asco, qué asco!

**Doña Rosa.** — (Suplicante y un tanto desesperada.) ¡Margarita!

**Margarita.** — (Sin hacerle caso.) Figúrese, madre, en un ambiente de harapos, sobre una cama desabrigada y sucia, una mujer moribunda, vidriosa ya la mirada, hundidas las sienes, enjuta, consumida por la fiebre y al lado, el pequeñín, hambriento, flacucho y barrigón, inconsciente como una bestezuela, hoceando y chupando inútilmente del pecho seco y escuálido. Recuerde al padre muerto hace un año; destrozado en los engranajes de una máquina, luchando por el mendrugo miserable. Observe la angustia de un grupo de vecinas de la casa, rodeando la cama de la moribunda; agotadas también ellas por el sufrimiento, retratado en sus semblantes el dolor de la pobreza y lamentado no poder quedarse ninguna con la criatura: "Si yo no puedo con los míos", se decían angustiadamente las unas a las otras. ¡Pobrecitas! Y como un insulto a tanto dolor, ¡nosotras delante! ¡Yo, la señorita rica, mimosa y bien cuidada; y mi amiga, la matrona que no sabe qué hacer de su dinero, la dama de beneficencia, cargada de alhajas como una sanguijuela hinchada de sangre!

**Doña Rosa.** — (Siempre acariciando a su hija y tratando de calmarla.) ¡Mi querida Margarita, olvídate un poco de eso! ¡Cuando estés más serena terminarás de contarme! Mira, el chiquito sigue durmiendo; puedes ir a comer algo y a descansar un poco; tendrás hambre y estarás cansada; yo me quedaré aquí cuidándolo. ¿Quieres?

**Margarita.** — ¡No, no! ¡No podría comer! ¡Este nudo, esta angustia que me ha quedado aquí, en la garganta, no me dejaría pasar nuestro pan robado!

**Doña Rosa.** — (Con profundo desconsuelo.) ¡Nuestro pan robado! ¿Estás en tu juicio, hija mía?

**Margarita.** — Sí, sí lo estoy. No se asuste usted madre, que no deliro, no. El cuadro de miseria que hoy he visto, me ha hecho vislumbrar, me ha hecho adivinar otros muchos encadenados a éste, que yo nunca hubiera sospechado. En un momento lo he visto todo clarito, como si me hubiese alumbrado un relámpago. ¡Oh, sí, de todas esas miserias, somos nosotros, nosotros los ricos, los que tenemos la culpa! ¡Bien claro lo he visto!

**Doña Rosa.** — (Lacrimante.) ¡Pero hija!... ¿No ves que destrozas mi corazón?

**Margarita.** — (Tratando de conformarla.) Madre, yo no quiero decir que usted, ni yo, ni el indolente de mi her-

(Sigue en la página 7).

## Biblioteca "Miguel Bakounine"

Tal es el nombre de la que han fundado los compañeros de la «Agrupación Pro Prensa Anarquista», de Salta. Cuenta ya con más de 200 volúmenes, y pide a los compañeros, agrupaciones similares, centros editoriales, etc, su cooperación moral y material. Dirigirse al encargado para la correspondencia, compañero Mayo Mainieri, calle Jujuy N° 108. Salta.

# Acuerdo

En vista de que el IX Congreso de la F. O. R. A., trató de cortar una de las ramificaciones del centralismo, como era la F. O. R. Portuaria y Anexos y ya que los delegados al Congreso dejaron en pie una de las tantas características centralistas, las S. de R. Obreros del Puerto de Ing. White y Pto Galván acuerdan en asamblea: 1° Anular el carnet federal único y remplazarlo por una boleta al sólo efecto del control de la misma Sociedad. 2° El 6 % de lo que se saque de cotización se remitirá directamente al Consejo de la F. O. R. A., para la propaganda regional y este pago se hará a cambio de un recibo para administración, anulando así la estampilla federal. 3° El 4 % de las cotizaciones se remitirá en la misma forma a la F. O. Provincial o, en caso que se constituya, a la Local o Comarcal. 4° No reconoce la estampilla regional pro presos y a cambio de la misma ésta Sociedad destinará el 10 % de las cotizaciones para los presos por causas sociales, tomándose la facultad de enviar este importe al Comité que considere más oportuno. 5° Se deja a voluntad de los adherentes la cotización de los meses atrasados y su importe se destinará íntegro para los presos por causas sociales.

Sociedad de R. O. Puertos I. White y Galván.

# Miserias proletarias

Debemos también decir algo sobre este asunto máxime si somos obreros y hemos de procurar una superiorización de todo orden en las condiciones de nuestra clase.

Miseria física y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y de repugnante. ¿Qué hacer, si queremos evitar la sensación desagradable que tal cosa nos produce, qué hacer, repetimos, sino combatir enérgicamente cuanto espectáculo nos muestre cómo somos de desgraciados?

Miseria no es solamente la carencia de alimentación y otras cosas imprescindibles para nuestra vida; miseria es también la falta de raciocinio, la suciedad moral, el descuido físico y el envenenamiento fisiológico.

Organización en nuestra vida íntima y privada es un conjunto, lo más perfecto y racional posible, de nuestras funciones internas en relación armónica con la limpieza física.

Si, por ejemplo, un hombre se emborracha o se indisgesta por culpa de un alimento muy abundante o muy condimentado, ese hombre, es claro, tiene que ser, psicológicamente considerado, una especie de animal inmundo, tal nos lo indica la antipatía que nos produce.

Y hay muchas familias así, incultas, indecentes, cuyos problemas no giran sino alrededor de este solo asunto: llenar la panza, y luego, como la bestia feroz que ha tragado entera o casi entera a su presa, dormir sobre la digestión.

He observado hermosas niñas, hijas de proletarios, que resultan feísimas en cuanto hablamos con ellas, tal son de estúpidas y ordinarias. ¿Y las mamás? ¡Es de suponerse! Comadronas, chismosas casi siempre, que descuidan la limpieza de los hijos por falta de tiempo, pero que les sobra para andar de cuento en cuento por toda la vecindad o para pasarse horas y más horas en el velorio a que acuden con flores, a charlar con los deudos sobre las virtudes del difunto.

He visto también a muchos padres, rudos, ignorantes, que después de comer fuerte y beberse uno o dos litros de vino, se introducían los dedos en la boca hasta tocarse la garganta, para aliviarse de la congestión. ¡Maravilloso purgante al que si le añadimos el egoísmo en que viven estos seres, ya se presume cuán repugnantes deben serle a cualquier persona medianamente delicada!

No ignoramos que el ambiente en que nos desarrollamos nos hace así muchas veces; que estas cosas vienen de muy lejos, que son propias de la época de las cavernas y que todos

los poderosos de la antigüedad y hoy mismo el propio Estado, son los culpables de casi toda la bestialidad que ellos han propiciado por conveniencia propia. Pero si nosotros no nos hacemos de un ambiente más elevado, pese a nuestra pobreza, si no procuramos refinarnos un poco, es indudable que jamás saldremos de ser unos miserables en todo sentido.

Y para mejorarnos, para elevarnos, para educarnos, para perder la ordinariez y la bestialidad de que somos exponentes, no hay como el buen teatro y la buena literatura, que nada tienen que ver con las patadas de *football*, los trompis de *ring*, la *murra* y los naipes de los boliches, los hipódromos, y demás juegos y deportes que cuando no pervierten, animalizan.

Los anarquistas no solo combatimos al régimen que nos oprime sino también a la familia actual basada sobre el egoísmo, régimen y familia que deben desaparecer para dar paso a la libertad y a la nueva familia universal, fraterna y generosa, que auspiciamos.

José Pucci.

# Visión y realidad

Paseando la mirada de mis ojos escrutadores, por sobre la extensa llanura del mal, veo todos los misterios del presente, ocultos a los ojos del incauto por la insolencia de los de arriba y la imbecilidad de los de abajo...

Las risas de la chusma analfabeta, risas sin expresión, idiotizadas, se mezclan con las risas de la chusma «civilizada», de la chusma elegida del dios oro, con esas risas sarcásticas y tétricas que semejan estridentes chirridos de una máquina infernal...

Siento el ruido escandalizador de las gentes «felices», ebrias de amor mentido, ebrias de voluptuosidad, ebrias de dicha efímera... danzando en vibrante orgía...

Oigo los juramentos de los despechados, juramentos sórdidos como truenos de invierno...

Presiento las tempestades que se gestan en las mentes enfermizas de los envidiosos...

Veo acercarse a mi, con loco aceleramiento, la inmensa oleada del mar de las injurias, agitado por el vendaval de las pasiones y miserias humanas...

Escucho las irónicas burlas y diatribas que, cual alegre y despiadado coro, irrumpen en el aire, dejando el corazón helado al hombre que siente en su mente germinar la idea del bien, del amor universal...

Todo ese confuso rumor que no sienten los incautos, ni quieren ver los poderosos, llega hasta mi con sus diferentes tonos y ritmos; yo lo veo avanzar cual bestia apocalíptica, cual despeñado torrente, cual lava de volcán en erupción. El me revela las humanas bajezas, las bastardas pasiones, los vicios rastreros, las insanas lujurias, las abyectas miserias... Pero también descubro en ese rumor, los odios nobles, santos y las iras vengadoras. Se siente con él un hálito de verdadera vida que surge de las más hondas capas del fango social. Es la luz que se rebela contra la obscuridad, el astro contra las sombras, la esclavitud contra la tiranía...

Al ver todo eso, cierro los ojos y me quedo abismado. Interrogo con el pensamiento a mi «yo», y él me cuenta las voluptuosidades infinitas que han gozado los poderosos por los siglos de los siglos; las infinitas ansias de gozar de los que nunca nada han sido; los dolores maternales de las madres buenas y los espasmos de las mesalinas burguesas; los caprichos de las encopetadas histéricas y los delirios supremos de las nobles plebeyas... ¡Si, todo me lo dice mi yo, mi conciencia! ¡Leo en ella como en una gran historia universal hasta hoy no escrita, y siento bullir en mi cerebro ansias anarquistas, ansias renovadoras, de destrucción y construcción, ansias supremas de amor para los unos y de odio para los otros!...

Y así, abismado en mi dolor profundo, me cubro los cerrados ojos con las manos, para que no entre en ellos ni un rayo más de esa horrorosa luz, porque no quiero seguir viendo ante mi la fatal realidad del presente con todos sus males...

En vano pretendo pensar en el futuro con sus bienandanzas y su armonía. Mi cerebro continúa viendo el presente lleno de crímenes, de horrores e injusticias, y no puede olvidar que el mal existe. Y ante mi desfilan en fantástica procesión, almas carentes de honradez, almas religiosas, pero corrompidas y corruptoras a la vez; ideas desnudas de virtud, ideas buenas para unos pocos, pero malas para los más, ideas egoistas, envidias mezquinas que murmuran del sol que les da brillo; ansias locas de acaparación y hartazgo individual, que son al mismo tiempo de desamparo y hambre colectivos; ambiciones volcánicas de destrucción de todo lo noble, de todo lo bello, de todo lo artístico, de todo lo santo; rencores frívolos de grandes pequeñeces y grandes apetitos de concupiscencias innobles; fiebres de alta temperatura, surgidas a consecuencia del sensualismo; avaricias lúgubres que miran con ojos calculadores aun más allá de la tumba; locuras sangrientas y repentinas que causan arrebatos de destrucción moral y física; befas contra el bueno, lanzadas por pillos y falsos moralistas; chistes ridículos y torpes, que nos endilgan a quemarropa los que se arrastran para medrar, que quieren envenenarnos con su ponzoñosa mordedura, para después bailar satisfechos sobre nuestros cadáveres aun calientes; estulticias que lo niegan todo desde el derecho hasta la ciencia; fuerzas brutales y contraproducentes que nos imponen su torpe razón y crucifican todos los anhelos; desnudeces deformes de las mentes y conjuraciones impías de la carne y del placer mentido...

..................................

Todo esto me tortura horriblemente y abate mi ánimo a la par que sirve de acicate para que busquemos el remedio al mal...

Por eso pienso también en el futuro, y entreveo el alba roja del bien, que ha de alumbrar un mundo de infinita armonía universal.

Si; esa visión del bien futuro, quiere asomar apenas en la materia gris de mi cerebro, y yo no podría ahora trasladar al papel las impresiones de ella, pues tengo la mente atormentada por todos los horrores y miserias del presente y del pasado.

Puede que más tarde, cuando el bien se practique sobre la tierra, puedan los hombres de esa bella hora de la historia, escribir sin apasionamientos ni rencores, el Poema de la Vida, lleno de luz, ciencia y amor.

Mientras tanto, nosotros sigamos poniendo de relieve todos los vicios y bajezas humanas del presente, para ver si con ellos damos pábulo al odio airado, fuerte y bravío que es necesario para hundir el mal.

Marcelino R. Sanjurjo.

Tres Arroyos, 25 Mayo de 1928.

# El hombre y el gatito

Triste espectáculo es el que continuamente nos ofrece el pueblo de Berisso, envuelto desde hace tiempo en los pañales de la ignorancia. Yo no se si con el andar del tiempo éste pueblo escalará la cumbre del más alto de los ideales o si se hundirá en el más profundo de los abismos, pero el caso es que actualmente, se halla sumido en la postración.

Si un amigo me dijera: «Mira, tengo un gatito y un hombre, y como quiero desprenderme de uno de los dos, te regalo el que quieras. Elige pues.» Yo le respondería: «Dame el gatito», ¡tanto es de mucho más inteligente, a mi parecer, este animalito de cuatro patas, que la enorme cantidad de animalazos en dos pies que pueblan Berisso!

¿Qué nociones tiene ahí el hombre? Ninguna. Ahí no se sabe sino valorar los «directos a las mandíbulas», de Firpo, la ligereza de las patas de un caballo de carrera y otras cosas tan nobles como embrutecedoras.

Yo les pregnnto a aquellos que usan pantalones: ¿Han visto acaso que el gato se deje robar su presa? Vayan y hagan la prueba de arrebatarle el ratoncillo que tiene aprisionado entre sus uñas, ¡que ni rasguños se llevarán! Que vaya otro gato a quererle atrapar el bofe que le arrojó la patrona, y lo oiremos refunfuñar, listo para defenderlo.

En cambio ¿qué sucede con el hombre? Se le explota, se le quita la mayor parte de lo que ha producido, se le niega el goce que proporciona la contemplación de las creaciones del genio humano; se le rebaja en lo más grande: en la dignidad; se le reduce a la impotencia; se le somete, en fin, a toda clase de martirios así físicos como morales, ¡y no por eso se muestra intranquilo!

«Paciencia», murmura, y se cruza de brazos, cuando no reza a su Dios pidiéndole que no le envíe males mayores.

¿Pero procurarse él mismo el remedio a los males que padece, velar él mismo por su situación? ¡Bah! Ni se lo aconseje nadie, porque lo hará pasar por un bribón, o por un agitador, o por el causante de sus desgracias, o por el provocador, en suma, de las iras de su amo.

¡Dame el gatito, amigo!

Desde hace tres meses a la fecha tenemos en Berisso una romería, disfrazada con el nombre de «kermesse», en la cual se vacía en un triquitraque el bolsillo de los «pavos» que caen ahí. En ella se venden bebidas, golosinas y todo aquello que el buen ojo del comerciante experto alcanza a ver que es excelente como un medio para sacar dinero.

Por una libra de chocolate, por ejemplo, que el más ladrón de los bolicheros no la cobra arriba de 70 centavos, suele sacarle el «kermessero» diez pesos.

Se me dirá que hay siempre uno que se la lleva por 20 centavos. De acuerdo. Pero el hecho es que el «kermessero» se coloca entre el público 50 cédulas a 20 centavos.

¡Dame el gatito, amigo!

Fulano ve que Zutano se lleva un objeto de valor por poca plata, y ya le entran ganas, por no ser menos, de jugarse unos centavos. Mengano se siente contagiado por Fulano y hace lo mismo. Y el dueño del negocio, que no hace más que cantar do, re, mi, fa, y al bolsillo del tonto la mano se le va, comprende que no hay como las reuniones de beneficencia para beneficiarse sin pagar patente y sin correr el peligro de que las leyes contra el juego que el gobierno dicta para perseguir a los jugadores de cantina en obsequio de los de los clubs elegantes, caigan sobre el comedero corruptor, legalmente autorizado.

Si, pues, amigo: quédate con el hombre y dame a mi el gatito. Es el único favor que te pido.

José Buscavidas.

Ensenada.

# La acequia

Sale del canal o río y allá va culebreando por entre zampas, alpatacos, jarillas y demás arbustos propios de terreno erial. Aquí gambetea un zanjón sobre un alto terraplén, allá cuerpea una quebrada en una honda excavación, acullá taladra la vía o la calle y aparece al otro lado, robusta y temeraria, como burlándose de las barreras opuestas en su camino. Luego, un distribuidor hecho de ladrillo y portland la divide en tantas partes como sean necesarias: una se dirige al pueblo a visitar la mayoría de las calles y como huésped amigo lleva por delante de casi todas las casas este elemento de vida—el agua,—cuya falta hace estériles tan extensas y ricas tierras.

Como todo progreso, éste también lesiona los intereses de algunos: tales son los aguateros que se ganaban la vida acarreando agua del río y vendiéndola a la población. ¿Mas qué es esto frente a la economía que realizan las lavanderas que tenían que comprar el agua para ganarse un miserable mendrugo: de los niños y mujeres que para cultivar unas flores o árboles frutales o de adorno, regar los patios y las habitaciones, y demás necesidades domésticas, la tienen ahora al alcance de la mano, sin tener que mezquinarla, ni espiar al aguatero, ni incomodarse manteniendo vasijas ocupadas con ella; de los hombres en fin, que por un simple descuido o por no hallarse en la casa cuando pasó el vendedor, se veían obligados a privarse del mate o a limosnearla al vecino? Y por último, ¿no es el agua la que facilita el desarrollo de los árboles que sombrean las calles en verano, cortan los vientos y el polvo, poetizan el paisaje, transforman en oxígeno el carbono y constituyen, en suma, una parte de la higiene que es base de la salud?

No importa que algún ebrio proteste porque no puede saltar, o alguna madre reniegue de vez en cuando porque se le moje el niño; lo cierto es que la acequia reporta una comodidad y una economía de trabajo.

Otra parte de la acequia es encaminada al sitio en que están trazadas las quintas, esas pequeñas fracciones de tierra estéril que, apenas tengan agua, serán transformadas en fuentes casi inagotables de toda clase de verduras y legumbres, que llenarán abundantemente las necesidades de la población, que irá aumentando al compás de los progresos de la colonia.

Otra u otras se internan más en el monte, como hembras enamoradas tras los machos inocentes, ansiosas de los amadores sin mezquindades ni cálculos a quienes poder entregarles sus corazones. Regarán pastos, frutales, viñedos, papas, legumbres; serán, en fin, el agente que centuplique el valor de estos terrenos (regalados o robados), que luego, como todo progreso acaparado, enriquecerá a quien nunca tomó una pala en sus manos para cantarle prácticamente al trabajo.

Luego que estén terminadas estas acequias, una o dos filas de álamos por cada lado, las harán visibles a lo lejos, cual vias lácteas terrestres conduciendo al progreso y entonando al trabajo himnos de triunfo,—trabajo y triunfo que no beneficiarán a los que sudaron abriéndolas, siempre extraños y extrangeros para los dueños de los campos y el contratista de la acequia, aunque los primeros sean argentinos y los últimos, asiáticos; siempre también patriotas y grandes trabajadores, estos, y aquellos, los que sudaron, atorrantes que si nunca se enriquecieron es porque fueron haraganes.

Veamos algo ahora sobre el trabajo. Nos hemos hecho cargo de él cuando apenas unas ramitas cortadas semejando camino de hormigas nos indicaban su ruta. Luego, agrupados en cuadrillas y munidos de herramientas, la mayoría de las veces inadecuadas, le metemos duro y parejo de la mañaña a la noche, nosotros, los indios blancos, llevando por toda indumentaria un chiripá de arpillera o nada, que el exceso de trabajo obliga a la economía de ropa.

Comenzamos por hacer una picada ancha como un boulevard, después una excavación a pico y pala, o bien un terraplén que hay que ir apisonando por cada capa de tierra que se le pone. Niveletas al piso, piola a los costados, sacar aquí una palada de tierra que sobra, ponerle allá dos que le faltan, golpear en todas partes con la pala, hasta dejar el suelo parejo como mesa de billar, con un pequeño declive que permita la corriente apacible de este agente de progreso, de valor inapreciable: el agua.

Así un trecho y otro trecho, una cuadrilla y las otras trabajando como bestias un día y todos, y teniendo que pasar la mayoría de estos días a pura carne y galleta, y con escasez de agua. En el monte escasea todo, menos el egoísmo de los burgueses.

Para descansar tenemos una pieza tan espaciosa que nunca hemos alcanzado a divisar sus paredes; y el techo está más allá del cálculo que pueda hacer nuestra imaginación: ¡todo tachonado de estrellas!

Dormimos a la intemperie o cosa muy parecida, por cuya razón tenemos que tender las pilchas al abrigo de los matorrales para librarnos del viento helado de la noche. Esta es la vida cómoda que disfrutamos los que producimos y que no envidian, es claro, los que se benefician con nuestro sudor y nos tratan encima de exigentes.

Luego de terminar uno de los trechos a que nos hemos referido más arriba, viene a tomar medidas el ingeniero que es a la vez contratista, (esto lo hace después de hacernos esperar dos o tres días); y acusa las medidas que quiere, tratando, como se comprenderá, de hacer ver que ha medido justamente. Y no hay por qué dudar que en casi todos los casos lo consigue, pues la mayoría de los obreros, analfabetos además de inconscientes, se resignan sumisamente a cobrar lo que dice el ingeniero. Para esta clase de gente hay siempre trabajo, aunque el trabajo que entreguen sea una calamidad. En cambio si se le paran los pies al ingeniero, o si se le llama al orden exigiéndosele el pago de lo tratado, (pues hay precios diferentes que no están en relación con la dureza de la tierra sino con la de los individuos que se dejan esquilmar), si ve que las papas queman, que no podrá imponerse como él desea, entonces se achica y paga lo que ha medido; pero ya no hay más trabajo para el que se hace respetar, aunque sea por demás inmejorable el que realiza.

Esto quiero decir que no son buenos obreros en la materia los que se buscan, sino hombres dóciles, que se dejen explotar con mansedumbre; y lo prueba claramente el hecho de que se reciba la labor realizada por estos, aunque le falte al terraplén la mitad del refuerzo; la cosa es que se conformen con el descuento que se les haga.

Mañana, cuando terminada la acequia larguen las aguas, que no saben amoldarse a ninguna disposición de las leyes, se descubrirán las fallas de los terraplenes y el interés del ingeniero en aceptar como bueno, por

## Centro de Cultura "Germinal"

Se ha constituido en Río Cuarto (Provincia de Córdoba) con el objeto de la propaganda de nuestras ideas. Nos ha enviado un cartel en el que se expresan los propósitos y fines que persigue, y que no publicamos por su mucha extensión. Es su secretario Pedro Rodriguez; pro A. Guzmán; tesorero Pedro Cobos; pro Luis Calnegia; vocales Alejandrina Moris, B. Borrás y J. Clarac. Local social: Sobremonte y Bolívar. Río Cuarto. F. C. C. A.

mano, tengamos directamente la culpa. Es que... ¿Cómo le diría? ¡Si usted pudiese comprenderme!... Es algo así que se ha venido trabajando de generación en generación, a través de siglos. Nosotros no hemos sido otra cosa que juguetes inconscientes. De nuestros antecesores hemos heredado su patrimonio y sus vicios, sin darnos cuenta, sin saber cómo. Pero no podemos con eso disculparnos ni justificar que sigamos siendo lo que somos.

**Doña Rosa.** — (Moviendo la cabeza con tristeza.) ¡Tienes razón, hija mía; tu madre no puede comprenderte! (Volviendo a acariciar a su hija.) ¿Pero, qué es lo que ha entrado hoy en esta cabecita loca?

**Margarita.** — (Con transporte.) ¡Es la luz, madre, es la luz! ¡Recién hoy he salido a la vida! ¡Hasta hoy estaba muerta; no era más que una momia con bonita figura! ¡Es la resurrección! ¡Es la luz, sí, es la luz, madre, lo que hoy ha entrado en mi cabeza! (Después de una pausa, mirando para el bebé y con ligero sobresalto.) ¡Qué! ¿Se despierta? ¡Me pareció que se movía! (Va hacia él, se agacha y lo besa. Luego va a la ventana, levanta el visillo y mira para fuera arrimándose un poco al cristal.) Mire, mamá, allí está mi hermano. Como siempre, en un rincón del jardín, adormilado de panza al sol como una bestia inútil. (Doña Rosa se arrima también a la ventana y mira hacia donde Margarita le señala; mueve la cabeza en señal de desconsuelo.) ¡Ahí tiene usted un hombre rico que vive de sus rentas! ¡Un modelo ejemplar! ¡Puf, qué asco! (Se retira con repugnancia de la ventana y queda pensativa, de pie en medio de la escena. Doña Rosa continúa mirando con tristeza para el jardín. Margarita oyendo un timbre que suena en el vestíbulo y como despertando.) ¡Han llamado!

**Doña Rosa.** — (Volviendose hacia su hija.) ¿Quién será?

**Margarita.** — (Recordando.) ¡Ah; debe ser el hombre que viene con la cuna! (Corre a la puerta del foro y sale al vestíbulo. Doña Rosa va también a la puerta del foro y levantando un poco el cortinado queda mirando para fuera. A poco se oye la voz de Margarita, fuera.) Sí, es él. ¿Quiere ayudarme a entrarla?

**Doña Rosa.** — Espera; llamaré a tu hermano. (Va a la ventana, abre, chista y hace seña de que venga el que está fuera.) ¡Chist!... ¡Eh!... Ven que te necesitamos!

**Margarita.** — (Asomando un poco la cabeza por el cortinado.) ¡Pronto, mamá! (Se va en seguida).

**Doña Rosa.** — (Haciendo ademán de que se apure.) ¡Vamos, hombre, ligero, muévete! (Viendo al otro que viene, cierra la ventana y al mismo tiempo se dice para sí:) Ya viene. (Se acerca a la puerta de la misma lateral y queda en actitud de esperar).

(Terminará)

amor del menor gasto, lo que está mal. Y estas fallas serán achacadas a la incapacidad de los obreros, (no a la sordidez del contratista, siempre apresurado por la ganancia), incapacidad que bien puede no ser tal, pues nada tendría de extraño que conociendo por experiencia propia los obreros, que no han de pagarles jamás el precio de su labor, no tengan sino interés en salvar las apariencias entregando por bueno un trabajo mal hecho, con lo cual no hacen más que seguir la misma corriente de ideas que el contratista con respecto al pago.

Esto es, en síntesis, la acequia en tierras donde el agua de riego lo es todo: base de la agricultura y por ende del progreso, como asimismo de valorización del suelo,—progresos de que se aprovechan uno o dos, llenándose los bolsillos de dinero, mientras sus auténticos propulsores revientan por un sueldo de hambre; garantía de centuplicación de los capitales de terratenientes y latifundistas, e ilusión de los chacareros que esperan mejorar su suerte, ilusión que se perpetúa sin pasar de tal, mientras la miseria se enseñorea cada vez más en sus hogares, cobrando visos de tragedia.

Esto que se ve aquí puede observarse en todas partes. Y lo que sucede hoy, sucederá siempre, en tanto que la tierra, igual que todas las conquistas de la ciencia y del progreso no sean puestas a disposición de todos y que en vez de explotar por lucro personal, se explote para la satisfacción de las necesidades humanas en general.

Un Rústico.

Rio Negro.

# En la ruta

Impulsados por una fuerza interior irresistible, avanzamos en medio de esta sociedad malvada, y torpe, con la misma tenacidad y el afán afiebrado del navegante que busca intrépido un nuevo continente a través del piélago desconocido y amenazador. O del viajero que cruzando un desierto árido y peligroso, anhela encontrar el verde oasis salvador.

También nosotros buscamos un mundo nuevo, un oasis salvador. Queremos encontrar la tierra de los hombres libres, generosos y fraternos, la sociedad de armonía y belleza que consagre hasta lo más excelso, los altos valores, las grandes virtudes del hombre, aquellas que le levantan muy por encima de los simples y primitivos instintos de bestialidad. Perseguimos la sociedad del amor, de la justicia y la igualdad. Perseguimos, en fin, la *utopía*...

Mas ésto no impide que observemos la realidad con ojos claros y mirada profunda. Y no solo la observamos profundamente, sino que la sentimos en nuestra propia carne, la apreciamos en lo más íntimo de nuestra sensibilidad, porque estamos en la vida y no al margen de ella.

Sabemos pues harto suficiente que en ella todo es refractario y hostil a nuestro ideal soñado. Sabemos bien que los hombres son actualmente, en su abrumadora mayoría, criaturas mezquinas, cobardes, y serviles unos; solapados, aduladores y desleales otros; crueles, violentos, despóticos los de más allá. Seres negativos todos, que no contribuyen a ningún fin bueno, amplio, justiciero. Vemos demasiado bien que hoy triunfan solamente los más cínicos malvados y sin escrúpulos, hundiéndose aplastados por la befa y el escarnio los hombres honrados, buenos y sinceros.

Sabemos todo esto por demás. Es en vano pues que los conservadores y fatalistas, enemigos de nuestra idealidad, nos señalen de continuo el cuadro lamentable de desolación que nos depara la sociedad en este momento de decadencia; es en vano que pretendan con su horror abatir las alas de nuestro idealismo.

Ciertamente, sí, hoy todo lo que vemos es vil y miserable. Pero ¿habremos por eso de declararnos vencidos, adaptarnos al ambiente, siendo también viles y miserables? No y no. Si la realidad presente nos rechaza y contradice, combatamos esa realidad, hagamos por imprimirle el cuño de nuestras ideas, por transformarla al fin.

En una palabra: ¡luchemos y luchemos sin cesar!

---

Estamos cansados ya, o más bien hastiados, mortalmente hastiados, de consignar los horrores, tropelías e infamias que a diario cometen los de arriba, los poderosos, con los que están abajo. Y ya carecemos también de adjetivos bastante fuertes para calificarlos. ¿Denunciar, protestar, poner el grito en el cielo cuando sucede un hecho de esos? Tarea vana, como echar agua a la mar.

La barbarie refinada de los que mandan no debe extrañarnos. Estamos a ella tan habituados que ya no nos conmueve ninguna de sus manifestaciones.

¿Pero qué hemos de decir de la sumisión, de la inercia, del silencio cómplice de los desheredados, los proletarios que sufren en su carne esa barbarie? ¿Con qué terminos hemos de calificarlos?

En realidad no hay nada que desanime tanto a los luchadores flojos, de convicción débil, que esa indiferencia absoluta que durante largos períodos observa la masa popular hacia sus cuestiones más vitales. Indiferencia que muchas veces se convierte en actividad hostil contra los mismos que intentan redimirla.

Así veréis millares de trabajadores, hambrientos y desnudos, vivar, borrachos de alcohol y entusiasmo imbécil, a un político canalla que luego de engañarlos los hará apalear. O sino, los veréis arrastrándose serviles a los pies de un capataz o de un patrón, implorando cual una limosna el trabajo. Habladles entonces de dignidad y rebeldía, invitadlos a luchar por su atención y es seguro que os tratarán como enemigo.

¿Que hay que hacer ante tanta abyección? ¿Huir del «chusmaje», aislarse en un reducto, o bien conquistar esa chusma con promesas y en-

# Kurt G. Wilckens

Héroe y martir

Cinismo y torpeza...Se toma a un criado de los más incondicionales, a un fantoche cualquiera, o un idiota insuflado de patriotismo, a un invertido moral, a un onanista en el último grado de su depravación; se le pone en las temblonas manos un fusil; se le coloca junto a la puerta cerrada de una celda, tras la cual, se le ha dicho previamente, con perversa intención, que hay una fiera que duerme; y se le deja solo, poseído del pavor consiguiente que llena el espíritu obscuro de tales degenerados puestos en tales situaciones. ¿Que creéis que pueda hacer una bestia de semejante especie? Pues abrir sigilosamente la puerta tras la cual duerme la fiera causante de su pavor cerval, ponerle sobre el pecho, recogido en el sueño, su fusil, y disparar la bala sin pérdida de tiempo, para salvarse de la horrible pesadilla que lo tuviera trémulo.

Sólo así, sorprendiendo a su víctima, a Kurt Wilckens, dormido, pudo el degenerado Perez Millán, atreverse a matarla.

Perez Millán...Es, según la prensa capitalista, hijo de una familia de abolengo. No nos extraña: son frecuentes tales retoños morbosos, precisamente en las familias de abolengo. Habéis visto su retrato en los periódicos; es pálido, es enclenque...Es un caso clavado de idiotismo. Habéis leído su foja de servicios: policía en todas partes, policía por sus cuatro costados. Un tipo de criminal, pues, míresele por donde se le mire.

Perez Millán...Este nombre trae a nuestra memoria un recuerdo. Fué en el mes de Diciembre del año 1909, en el Departamento de Policía de esta capital. El jefe de investigaciones, un tal Rojas, sentado en un gran sofá de tafilete, junto a una gruesa persona cargada de alhajas, amonestaba a un compañero y le daba consejos, como para que se retirara de la propaganda. Aquella persona gruesa, un tal Perez Millán, hacía signos de aprobación con la cabeza a cuanto el jefe de investigaciones expresaba. Este Perez Millán se paseaba durante el día por las oficinas del Departamento, almorzaba y cenaba opíparamente en las mesas de investigaciones, y de noche salía a calaverear, hallando a su vuelta, por las madrugadas, un regio colchón tendido sobre una gran mesa de la oficina mencionada. Cuando el juez falló su causa, condenándolo a 18 años de presidio, por haber dado muerte desde la escalera de su casa al cobrador del sastre que siempre lo «impertinaba», ya este señor había desaparecido, sin que hasta ahora se sepa más nada de él.

En las familias de abolengo, son muy frecuentes los degenerados como se ve. Y por lo visto, es también frecuente que tales tipos sean amparados por los sayones del orden burgués, cuando no son, como en el caso actual, las custodias sagradas de ese mismo orden.

Perez Millán...Había jurado, dicen los diarios que se pagan de los apellidos de abolengo, había jurado sobre el cadáver del célebre «pacificador» de la Patagonia, vengar la muerte de éste. ¿Qué mejor, entonces, que ponerlo a custodiar la celda en que se hallaba Wilckens? ¿Qué pues, se están haciendo los asombrados, ministros, jueces, alcaides y demás mandones que dejaron a ese idiota en su puesto de guardiacárcel y en la misma prisión en que se hallaba Wilckens? Si ellos no ignoraban, si no podían ignorar el juramento que hiciera sobre el cadáver del «pacificador», ese infeliz, ellos son, sin vuelta de hoja, cómplices o coautores del alevoso crimen cometido.

Cinismo y torpeza; eso hay en este crimen comenzado en Santa Cruz y terminado en una prisión de la gran capital de la Argentina. Cinismo y torpeza en los cuales no se ve sino la aplicación del «ojo por ojo y diente por diente» del precepto bíblico. Cinismo y torpeza dignos de la justicia calabresa que padecemos; cinismo y torpeza que han de describir su curva fatal, para caer sobre las cabezas apelmazadas en sombras, de los responsables.

Nunca, pues, mejor que hoy que nuestro hermano Wilckens ha caído, podemos decir con Mirbeau: «La sangre que en el rostro de los verdugos es una mancha horrible, en el de los mártires resplandece como un eterno sol».

Y eso es Kurt Wilckens: un mártir que se erguirá entre todos, perpetuamente, para acusar a unos de su traición y de su cobardía y ser para los otros un ejemplo de firmeza y valor.

gaños?

Ni una cosa ni otra. Persistir sencillamente con nuestra prédica vigorosa, fustigante, plena de verdades. No se trata de conseguir la adhesión ciega de la masa ni sus aplausos irreflexivos; por haber buscado tal cosa y nada más, fracasaron muchos pretendidos redentores, dejando propicio el terreno para nuevos farsantes. El problema es el mismo de siempre: formar conciencias en el pueblo, despertar voluntades y energías dormidas; y para ello no hay como decirle la verdad, toda la verdad por amarga y desagradable que parezca.

Esta obra es sin duda costosa y difícil, pero terminará por obtener el objeto deseado: la elevación del pueblo a un plano superior de dignidad.

Bien es cierto que requiere grandes esfuerzos y sacrificios, pero es a costa de sacrificios y esfuerzos que se desecan los pantanos, se cambia el curso de los ríos, y se abren túneles a través de la montaña.

---

Cuando hablamos de la influencia funesta y negativa que ejercen sobre la masa obrera los caudillos ambiciosos que se proclaman sus maestros, orientadores o dirigentes, no hacemos más que afirmar una triste realidad que se manifiesta en todos los movimientos del proletariado.

Si después de muchos golpes y sacudidas éste llega a salir de su letargo y se apresta a luchar, a reivindicarse, acuden en seguida sus dirigentes para sofrenarlo y llamarlo a la calma. Valiéndose de su confiada obediencia lo sugetan y desarman a voluntad.

Otras veces son ellos mismos, los jefes, los que incitan al proletariado, lo azuzan, este es el término, a un movimiento cualquiera, pero esto no tiene importancia: nada virtual ni profundo traen estas agitaciones y por otra parte lo que interesa a los caudillos es que la masa no obre espontáneamente, no obedezca a sus impulsos naturales, sino que permanezca fiel sus mandatos.

Si sabemos que lo que vale más en las luchas del pueblo es su acción libre y espontánea, es lógico que repudiemos a los tales caudillos igual que si fueran burgueses o polizontes: tal como estos, son enemigos de la libertad.

Ahora bien, ¿pensáis que sólo los hay en los partidos políticos que declaren abiertamente sus ansias de gobernar, o únicamente en determinados núcleos sindicales? Es un error; esos tristes personajes tratan de levantarse en todas partes y con frecuencia los hallaréis en nuestras propias filas, es decir, los veréis invocando nuestros mismos principios de libertad.

Contra estos, sobre todo, hay que estar prevenidos. No es dificil por cierto reconocer sus maniobras. Como todos, pretenden tener el control de la masa, quitarle su espontaneidad de acción, regular a capricho sus movimientos.

Si estos obtienen un cierto éxito, es a si mismos que se lo atribuyen. Si por el contrario fracasan, la culpa será siempre de los otros «los de enfrente», o los de más allá, aunque a veces sean ellos los causantes del fracaso.

En general guardan siempre una distancia prudencial de la «masa ignorante» y le hablan solamente en tono de enfática superioridad.

Demás está decir que tal actitud será cualquiera cosa menos anarquista. Nuestra misión debe ser hablar al pueblo en tono franco, desde el llano siempre. Y en vez de coartar su libertad de acción, propiciarla al más alto grado.

Hemos de repudiar pues en todos los casos a los que obren en sentido contrario, por más que se desgañiten aclamando la anarquía.

J. Prince.

General Pico.

# El paro aquí

El paro aquí, de protesta pro Silveyra, no tuvo importancia mayor. Donde se notó un poco fué en el pan, que anduvo escaso, y nada más. Por otra parte, ya se sabe que en esta pacífica ciudad, nada tiene importancia. Cualquier suceso pasa como rozando la epidermis y desaparece como una bala en un lago.

El paro pro Wilckens asumió proporciones mayores. Todos los gremios, tanto los adheridos a la camaleona como a la F. O. L., y los autónomos fueron a la huelga, menos los tranviarios y los cocheros para los cuales las cosas siguen tan idénticas como en los tiempos de Epaminondas.

Pero los que estuvieron notables

fueron los de la U. O. L. ¡«Altro» que «musa» con los camaleones! Para dar por terminado el paro, de acuerdo con el decreto de la Usa mayor, citaron a todo el proletariado local sin distinción de ninguna naturaleza. Se reunieron el 19 de Junio a las 9 y cuarto de la noche, y a las 9 y media, en menos que canta un gallo, dieron por terminado el acto. Fué en vano querer tomar la palabra para decir algo necesario a los trabajadores allí reunidos. El estado mayor de la usita local, se opuso a ello. A tal efecto Bettini, aquèl obrero que según los diarios burgueses estuvo tan bien en el mitin usado del 1°. de Mayo, espetó este discurso a nuestros compañeros: «Vayan a su local, si quieren hablar y no vengan aquí a embarullarnos. Hagan como nosotros, que no vamos al local de ustedes».

Y previos unos gritos de protesta y un borbollón de veneno en el corazón de los camaleones, se disolvió la reunión a los quince minutos de iniciada.

Los demás gremios adheridos a la F. O. L., y el de Albañiles y Gráficos, se mantuvieron en el paro un día más, como protesta contra los atropellos de la milicada porteña.

Y esto fué todo lo que sucedió en la benemérita ciudad de La Plata, fundada por Dardo Rocha.

# La justicia de clase

Tiene cínicos gestos esta justicia, tan cínicos, que asombra ver que el pueblo que es siempre el único beneficiario de esos gestos, los contemple impávido, sin decidirse a hacer una de a pie que sirva de escarmiento a sus verdugos.

Lo mismo esa justicia zampa a diez inocentes en una cárcel, que absuelve a cien pillastres redomados o los deja proceder libremente haciéndose la ignorante de su existencia; eso, sino los ampara por las mismas razones que a otros persigue.

El caso de Ramón Silveyra es un caso clavado de justicia de clase. Inútil ha sido que los artículos tales o cuales de la ley que sirviera al defensor para su defensa, dijeran expresamente tales y cuales palabras en favor del reo. Eso no valió de nada, porque la ley es una cosa yerta que sólo se anima bajo la voluntad de los hombres. Y como los hombres, que están en la sociedad colocados por orden de jerarquías, tienen como consecuencia, una cierta dósis de ambiciones y de odios especiales, es claro que la ley animada por esos odios y esas ambiciones, habría de caer sobre Silveyra. Y que la justicia de clase es igual en todas partes, que no sabe de regiones, de climas, de latitudes, acaban de probarlo los jueces del Uruguay, como lo probaron los de Alemania cuando pusieron a Nicolau en manos de la justicia española, como lo probarán los de Polonia entregando a la justicia de la Rusia bolchevique al valeroso insurgente Néstor Mackno, como lo prueba vuelta a vuelta la justicia de la Argentina y como termina de probarlo condenando a C. Fernandez Cabana y Manuel Silva a 12 años de reclusión, a los cinco hermanos Maestre a reclusión perpétua y a Marcos Galván y Pacci a 8 años de prisión a cada uno, por delitos de asalto, robo, etc, que no han podido ser probados, mientras deja en libertad a toda esa taifa de valuadores de la provincia de Buenos Aires que le metieron uña y diente a las arcas del Estado, defraudándolo unos con otros en la bonita suma de un millón de pesos.

Decid todo lo que queráis; poned el grito en el cielo, llenos de indignación por estos hechos brutos que cargan de odio la conciencia honrada; relampaguead vuestras rabias sobre las cabezas vanas de nuestros hombres públicos, pregones de honestidad y de pureza y sin embargo tan bandoleros; llorad, rugid, protestad, que cuanto hagáis será inútil, de toda inutilidad, pues las bestias supremas—gobernantes y jueces, ministros y diputados, policías y verdugos,—seguirán castigando, obligando, violando, atropellando y asesinando de acuerdo con los preceptos de la feroz justicia de clase que colma sus atrofiados corazones.

Aquí, hoy día, ante un pueblo tan pasivo como el que formamos y una justicia tan cínica como la que sufrimos, no hay más que el gesto propio, si queremos reivindicar nuestra dignidad hollada. Pero hombres como Radowitzky y Wilckens no hay uno todos los días, y en cambio sobramos mucho los literatos, los oradores, y demás valientes del comunismo, del industrialismo, del sindicalismo, del arte y de la unificación.

# Los tartufos

Ese audaz de Manolillo que madamea la liga patriótica argentina, tuvo el otro día un gesto de los suyos: venirse acá, a esta ciudad pacíficamente ovina, a darse una conferencia en el atrio de la iglesia san Ponciano. Fué el 24 del pasado mes, a la salida de misa. Fuimos a curiosear. Queríamos ver qué cara tenía ese bicho. Nos sorprendimos: ya no parecía más aquel pobre galleguito que conocimos cuando éramos chicos, y vivía adulando a los almaceneros que años después lo hicieron diputado. Bien trajeado, bien pintaditas las canas del bigote y la cabeza, ahora parecía otra cosa éste Carlés. Lo único que no ha cambiado, a pesar de su carta de ciudadanía y de su grosero argentinismo, es el tono ibérico de su voz.

Como es hombre precavido, si que también guapo de upa, puso su espalda bien pegada a la pared. Y comenzó a rebuznar. ¡Cuántos macanazos dijo y cuántas paradas hizo! «Aquí está mi pecho de argentino. ¿Dónde están esos que me querían matar? ¡Que maten si son hombres!»

Tan ridículo se puso, que un compañero no pudo contenerse y comenzó a reir. ¡La pucha! ¡Mejor no lo hubiera hecho! Una nube de vigilantes, de oficiales, de pesquisas y de cafres de la liga, traídos ex profeso de Bs. Aires, se le vinieron encima, revólver en mano. Y aquí me caigo y más allá me levanto, se lo llevaron junto con otro a la comisaría. ¡Gran siete si había habido argentinos! ¡Con razón el tal Carlés se mostraba tan valiente!

Bueno, pasó esto; siguió balaqueando un rato como esa gente tremenda que cuando está bien sugeta por los amigos, les dicen: «¡Suéltenme que me lo como!», y luego, terminado que hubo de rebuznar sus pavadas, y aplaudido por los fifís y las niñas, disparó en un automóvil blindado protegido por la policía a caballo, que lo custodiaba, mientras desde la iglesia un fraile telefoneaba a Buenos Aires: «El doctor Manuel Carlés partirá vivo para esa en el tren de las tanto y tanto. Ahora se fué a almorzar al jockey club con el jefe de policía».

Media hora después de todo este aparato demostrador del valor argentino, marca liga patriótica y otras yerbas, vimos a un uniforme de policía metido dentro de un hombre, que andaba buscando firmas para probar que los presos eran perturbadores del orden. Dícese que ese uniforme era el del comisario que «no quiere anarquistas en su sección». Pero eso no lo creemos, pues el señor comisario, al que conocemos de cerca, es una persona muy elegante, sobre todo cuando anda en coche o se sienta ante el escritorio para firmar un sumario.

De cualquier modo, la patria ha sido salvada por esta vez; y Carlés ha podido corregirle la plana a Sarmiento, probándole que si con la palabra argentino se puede formar la palabra ignorante, nunca, jamás, en la vida se formará el vocablo patotero. Que lo digan sino los cafres que lo rodeaban, las mujeres que lo aplaudieron, la policía que lo acompañó hasta el jockey, los frailes que lo bendijeron antes de que rebuznara, el comisario que viera feroces conspiradores en nuestros compañeros Ricetti y Kenny Hart, y los diaritos locales que al hacer crónica del acto, se mostraron tan contentos de ver defendidas las sagradas instituciones de la patria, por el último, el más pigmeo, el más infeliz de todos los extranjeros.

¡Caraduras! ¡Fachatostas!

# ADMINISTRATIVAS

Recibimos las siguientes cantidades:

**Avellaneda.**—Agrupación «El Porvenir» 10.00, Sub Comité «La Antorcha» por int. de «La Antorcha» 8.00.

**Arrecifes.**—E. Martinez 1.60 por int. de «La Antorcha».

**Allen.**—M. Balsa 2.80.

**Azul.**—J. Berdiñas 2.00.

**Bolivar.**—Sindicato Oficios Varios, donación 5.00.

**Bahia Blanca.**—I. Rodriguez 10.00.

**Buenos Aires.**—R. Berrini 1.00 y A. Lopez 1.00 por int. de «La Antorcha», Victoria Simino 1.00, J. Galindo 1.00, J. Carro 1.00, F. Faragasso 4.00, Agrp. C. L. de O. Ebanistas 4.30 y 0.70 por nuestros carteles, S. A. 5.00, J. Regina 0.60, E. Gantús 2.00 y 5.00 por nuestro folleto, S. Alvarez 1.00.

**Berazategui.**—L. Comas 5.00 por int. de «La Antorcha».

**Berisso.**—Anita García 1.00, J. Moya 1.

**Córdoba.**—Donaciones de Biecca, T. Torres, Monserratt, J. Capó, Juaneda, R. Capó, L. Torrecillas 0.30 cada uno, F. Palencia 0.40, S. Fuxá 0.50, Monzón Gomez 0.20, F. Moyano 0.50, L. B. Hidalgo 0.20, Esteban Lopez 0.20. Por paquete O. Peralta 6.00.

**Cipolletti.**—Delgado 3.90 por int. de «La Protesta».

**Colonia Castex.**—C. Sola 7.60 por int. de «La Antorcha».

**Comodoro Rivadavia.**—F. Sanchez 10.00, J. Perez Molina 10.00, F. Linares según la lista siguiente de donaciones: Antonio Brena, F. L., José Bonazola, Salvador Vilardo, B. Rodriguez, Fioravanti, Crespo, Natalio Ramos, M. Silva, Escribano, Giovanni Mottesi, Perez, Jesús Mariño, Cirilo Marina, Balbino Rodriguez, Rogelio Lopez, Craveti, Miguel de García, Bonzato Achille, Benitti Emilio, Vicente Vritoich, Pedro Bolla, Juan Kodich, Un amigo, Sartorio G., José Bonazola, Ramón Rey 1.00 cada uno; Francisco Linares, Mateo Sesea, Pedro Scopinich, Paulino Gonzalez, U. J. Fernández, N. N. 2.00 cada uno; José Perez Molina, Vezuriselli, C. Miranda, Antonio Opasico, Un entusiasta 3.00 cada uno; Luciano García 5.00, Ana Lopez 1.20, Antonio Lopez 0.90, N. N., A. Sota, J. Mugica, Juan Carlos, José Perez, 0.50 cada uno. Total 63.60.

**Copetonas.**—S. de Arriba 1.20 por int. de «La Antorcha».

**Ensenada.**—J. Kruisenga 3.00, J. Liajoveskui 1.80, R. Aladeff 1.00, J. Pobes 5.00, L. Martinez 1.00.

**Formosa.**—F. Assumpçao 3.00.

**Gral. Madariaga.**—M. Villasol 5.00, C. Gonzalez 1.00, donación, ambos por int. de «La Antorcha».

**Ingo. White.**—G. Della Nina 3.00.

**La Plata.**—A. Fili 0.50, M. Valli 0.20, Risto venta de «Ideas» 0.20, J. Ferrari 1.00, Antonio Pucci 1.00, F. Vazquez 1.00, Rotger el alemán 0.50, J. Pucci 1.00, Juan Pesce 3.00, A. Rabassa 2.00, J. Cúneo 1.00, S. Tri 1.00, L. Gonino 0.50, A. Bellizzi 1.00, Venta de libros donados por José Pesce 11, J. Marfil 0.50, A Giusso 1.00 F. Tricerri 2.00, C. Barasotto 0.50, F. Carril 2.00, L. Gallo 5.00. Venta de «Ideas» 0.70, J. Ghizzoni 1.00, María Guglielmino 1.00, A. Ferrari 1.00, A. Dalto 2.00, S. Feldman 3.00, M. Dukelsky 2.00, C. Mateu 1.00. Venta de «Ideas» 0.90, J. Camps 1.00, P. Diromo 1.00, B. Escayol 5.00, S. Berto 0.50, L. Piacenti 1.00, F. Cremaschi 5.00, E. R. 1.00, Elisa Raggio 0.50.

**La Violeta.**—Centro de E. Sociales 8.90, J. Pinteño 1.20, F. Rey, donación 2.00, S. Turco 1.20 todos por int. de «La Antorcha».

**Lanús.**—A. Balbuena 1.25 por nuestros carteles y 1.30 por «Ideas».

**Mendoza.**—M. Alvarez 1.00, J. M. Lunazzi 53.77 por paquetes y nuestro folleto, Avendaño 1.30, F. O. P. Mendocina 5.00, F. O. L. Mendocina 1.20.

**Magdalena.**—Luisa S. de Soria 2.00.

**Mar del Plata.**—Bca. Tierra y Libertad, por int. de «La Protesta» 1.10, D. Matarazzo 3.00.

**Metileo.**—E. Ramal 2.00.

**Necochea.**—M. Palacios 1.20, «Nuestra Tribuna», donación 20.00.

**Napoleofú.**—J. Ferrero 2.00.

**Pergamino**—J. Olcese donación 2.00, por nuestros carteles 1.00, Hansich, Lupoli, R. García, A. Rojas, Dahuach 0.60 cada uno, F. Colaberardino y A. Vazquez 0.40 cada uno, Intelangelo, J. Fernández, J. Leonardo, F. Alonso, B. Aristegui, Bravo, G. Serreta 0.20 cada uno, todos por int. de «La Antorcha».

**Pueblo Nuevo.**—P. Zaffora 0.60 de «Por el amor».

**Pujol.**—B. Nuciari 5.00 por nuestros carteles y 5.00 para «Ideas».

**Patagones.**—T. Mavrich 5.00.

**Peyrano.**—J. Benitez hijo 1.00.

**Paganini.**—D. Cardinali 4.00.

**Pirovano.**—M. Urtazún 0.30.

**Quilmes.**—F. Ortiz de Zárate 2.00.

**Rosario.**—M. Guevara 1.60 por nuestro folleto y 7.80 por paquetes, M. Federico 1.00, por paquete y 3.00 donación, S. Opizzo 5.00, F. G. Infante 1.00, E. Hernán 1.00 por int. de «Nuestra Tribuna».

**Rosario de la Frontera.**—J. Graciano 1.00 por int. de «La Protesta».

## Agrupación C. A. «Regeneración»

Un núcleo de camaradas ha constituido en la ciudad de Tucumán la agrupación nombrada en el epígrafe. Son sus propósitos los de realizar una intensa obra de propaganda de nuestros ideales. Solicita diarios, periódicos, folletos, etc, para la mesa de lectura y para distribución. Toda correspondencia diríjase a nombre del secretario Justo Graciano. Valores y giros al tesorero Jesús Segade, calle San Juan 879. Tucumán.

---

**Ramos Otero.**—J. Blanco 2.40.

**Rio Cuarto.**—P. Cobos 4.00 de «Por el amor» y 5.40 por paquete, Centro Cultural Germinal 4.00 por nuestros carteles.

**Rafaela.**—P. García 1.00 y 2.00 por nuestros carteles.

**San Juan.**—M. Alba 6.00.

**Santa Rosa.**—M. San Pedro 3.00, S. Villasala 2.00, V. Fuertes 1.00, M. Dominguez 1.00, F. Franco 1.00.

**San Nicolás.**—M. Sanchez 1.00 por int. de «La Antorcha».

**Santa Fe.**—F. Aragón 1.50 por int. de «La Antorcha».

**Saenz Peña.**—T. Rubio 1.00 por int. de idem.

**Santos Lugares.**—C. Forto 0.30 de «Por el amor».

**Salta.**—J. Montoya 10.00.

**San Fernando.**—S. Peña 4.50.

**Trelew.**—S. de O. V. Tierra y Libertad 20.00.

**Tandil.**—D. Martinez 2.00 por int. de «La Protesta», E. Santamarina 2.00 y María Salas 1.00 por int. de «La Antorcha.

**Villars.**—L. Parra 1.20 y por nuestros carteles 1.50.

**Beneficio.**—Velada 26 de Mayo 136.50.

**Total de entradas $ 644.92**

**Salidas.**—Impresión del número anterior (2.300 ejemplares) 94.00. Impresión de este número (2.800 ejemplares) 218.00. Franqueo para ambos, correspondencia, encomiendas, etc, 24.00. Donaciones: a «La Pampa Libre» 30.00, a la Biblioteca «Brazo y Cerebro», de Lanús Oeste 25.00, a la Escuela Racionalista de Talleres 25.00, a la Agrupación «Ideas» por venta de libros 10.00. Total $ 426.00.

**Suma anterior 9.93 y Entradas 644.92, Suman 654.85. Salidas 426.00. Para el número siguiente 228.85.**

### Pro Wilckens

**Trelew.**—S. O. V. Tierra y Libertad 50.00.

**Paganini.**—Domingo Cardinali 1.

### Para el Comité Pro Presos de La Plata

**Trelew.**—S. O. de Oficios Varios Tierra y Libertad 50.00.

**Santa Rosa.**—Felix Franco 1.00.

**La Plata.**—J. Marfil 0.50.

**Metileo.**—Emilio Ramal 1.00.

### Para LA ANTORCHA

**Metileo.**—Emilio Ramal 2.00.

### Números devueltos

Juan José Yaquino de La Plata, Luis Massiolli de Copetonas, Saturnino Alonso de Necochea y Alberto Pellegrini de Buenos Aires.

---

A los ojos de los que conocen la historia, la desobediencia es la virtud original del hombre. Precisamente con la desobediencia se ha realizado el progreso; con la desobediencia y la rebelión.

OSCAR WILDE.

El juez Lao-Ting-Fo, condenó a muerte a la china Nanga-Sika, por adúltera. Ella juró antes de morir, que el juez era su amante. Fué condenada. Desde entonces se dice: De lo jueces, ni amor.

DE «NUEVA LUZ».

---

# VELADA Y CONFERENCIA

**En el Coliseo Podestá, calle 10-46 y 47**

**El miércoles 11 de Julio de 1923**

**a las 20.30**

Se representará

# LOS MALOS PASTORES

Conferencia por R. Gonzalez Pacheco

**ENTRADA GENERAL** . . . . $ 1.00
**PARAISO** . . . . . . . . . » 0.40

**Federación Obrera Local**